

*LOS VOTOS,
UNA FORMA DE VIDA ALTERNATIVA*

UISG BOLETÍN

NÚMERO 149, 2012

INTRODUCCIÓN	2
EL CELIBATO POR EL REINO <i>Rosanna Virgili</i>	4
EL VOTO DE POBREZA EN ÁFRICA: LUCES, SOMBRAS Y DESAFÍOS, DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA VIDA RELIGIOSA FEMENINA <i>Hna. Carmen Sammut, msola</i>	12
¿DEBEMOS OBEDECER A PERSONAS HUMANAS PARA OBEDECER AL SEÑOR JESÚS? <i>P. Adrian Schenker, op</i>	18
EL RETO DEL LIDERAZGO EN LA VIDA CONSAGRADA – UNA VISIÓN TEOLÓGICA PARA NUESTRO TIEMPO <i>P. José Cristo Rey García Paredes, cmf</i>	24
TESTIMONIOS	40
INICIATIVA KINO PARA LA FRONTERA: UNA ACCIÓN PASTORAL BINACIONAL CON LOS MIGRANTES EN LA FRONTERA MÉXICO / ESTADOS UNIDOS <i>P. Sean Carroll, sj</i>	
LA VIDA DE LA UISG	43

INTRODUCCIÓN

En este número del BOLETÍN UISG ofrecemos una nueva aproximación a los votos religiosos que caracterizan nuestra forma de seguir a Jesús y de construir su Reino en este mundo.

Después de haberlos tenido “silenciados” durante algunos años, como algo que dábamos por sabido o que no nos urgía en el proceso de renovación, hemos empezado a profundizarlos como parte de nuestra identidad, de esa forma específica de ser cristianos y cristianas que nos caracteriza en la Iglesia.

Más que pretender unas presentaciones sistemáticas, hemos buscado aportaciones sugerentes, parciales tal vez, capaces de dar novedad o cuestionar lo ya conocido.

La profesora **Rosanna Virgili**, desde su competencia como biblista y su vivencia cristiana de mujer casada, nos ofrece en *El celibato por el Reino*, con un lenguaje sugerente y a veces provocador, el profundo significado del celibato por el reino. Empezando por Jeremías, se acerca a la vivencia de Jesús y a sus lugares de descanso afectivo: el Padre, las mujeres, los discípulos. A lo largo del artículo va desvelando el carácter esponsal de todo celibato por el reino y la paradoja de la vida y esperanza que brotan de este signo profético. Del cuerpo impotente del eunuco “brota un río de hijos, un mar de gozo inesperado”.

La pobreza religiosa que ofrecemos tiene un contexto muy concreto: “*El voto de pobreza en Africa*”. Más que un artículo es una presentación que la Hna. **Carmen Sammut** hizo junto a otros panelistas, para ser profundizada en un coloquio. De ahí su estilo sintético y práctico. La Hna. Carmen, además de la propia experiencia de haber vivido 30 años en África, ha sabido recoger el punto de vista de varias superiores de congregaciones africanas.

¿*Debemos obedecer a personas humanas para obedecer al Señor Jesús?* es la pregunta directa que hace el dominico **Adrian Schenker**. Plantea la obediencia como imprescindible para seguir a Jesús: “abdicar el control de uno mismo y dejarse hacer por otro que tomará el lugar del propio yo”. Sólo puede ser un camino libremente elegido pero indispensable, aún sabiendo que está expuesto a abusos. La obediencia, a través de las mediaciones de la vida consagrada, es un signo casi sacramental de la autoridad del maestro Jesús, lo cual a su vez es una grave cuestión de conciencia para los que

deben ejercer la autoridad.

Como complemento a los votos, **José Cristo Rey García Paredes** nos presenta “*El reto del liderazgo en la vida consagrada*”. Es el fundamento teológico el que da el verdadero sentido al líder, que no es el que programa y dirige, sino el que se deja guiar por el Espíritu. “La cuestión no es saber si hay personas que tienen el carisma de liderazgo, sino más bien si hay personas dispuestas a participar y contribuir al flujo de gracia de Dios que se derrama sobre el mundo, sobre una comunidad o grupo”. Sigue una descripción del perfil simbólico y antropológico del líder y concluye ahondando en el tipo de servicio que se espera de la autoridad, movida por la compasión y haciendo crecer a las personas.

Como experiencia presentamos la *Iniciativa Kino para la Frontera*, una misión para migrantes fronteriza entre USA y México realizada con el esfuerzo conjunto de varias congregaciones. El servicio empieza en atención inmediata a las personas (alimentación y salud) y ofrece también apoyo de educación y asesoría. A su vez es un centro abierto a la investigación de estudiosos de la migración y a la concientización de visitantes que viven lejos de la problemática. Por último, este servicio intercongregacional tiene un alcance político y trata de buscar una reforma justa de la ley migratoria.

EL CELIBATO POR EL REINO

Rosanna Virgili

Rosanna Virgili enseña exégesis del Antiguo Testamento y del corpus paulino en el Instituto Teológico de Ancona y Fermo (Marche, Italia), adscrito a la Pontificia Universidad Lateranense de Roma.

Autora de numerosas publicaciones, artículos y traducciones, colabora en diversas revistas especializadas y divulgativas del sector bíblico.

Original en italiano

¹⁰ Dícenle sus discípulos: «Si tal es la condición del hombre respecto de su mujer, no trae cuenta casarse». ¹¹ Mas él respondió: «No todos entienden este lenguaje, sino solamente aquellos a quienes se les ha concedido. ¹² Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos hechos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien pueda entender, que entienda» (Mt 19,10-12).

El contexto en que Jesús habla de los eunucos ayuda a comprender el sentido de estas inesperadas palabras. En los versículos anteriores, el evangelista Mateo relata una controversia entre Jesús y algunos fariseos. De estos últimos dice anticipadamente que, más que desear con sinceridad conocer la interpretación que Jesús hace de la Ley, lo que desean es ponerle a prueba (cf. Mt 19, 3-9). La controversia versa sobre el repudio, a saber, cuándo le es lícito al marido repudiar a su mujer. Después de escuchar la respuesta de Jesús, que limita al único caso del concubinato la licitud del repudio, incluso sus discípulos se muestran incrédulos y desconcertados hasta el punto que, volviéndose hacia el maestro, le dicen cándidamente: «*Si tal es la condición del hombre respecto de su mujer, no trae cuenta casarse*» (Mt 19,10).

Esta afirmación de los discípulos puede sorprender, sobre todo a un

público moderno como nosotros. Pero aún más sorprendente resulta la réplica de Jesús. En vez de completar y concluir la discusión sobre el repudio, el Señor les da casi la razón y aprovecha la ocasión para indicarles un camino diferente, y quizá mejor, pero que «*no todos entienden*»: dadas las condiciones poco ventajosas que el matrimonio supone para un hombre, ¿por qué no considerar la posibilidad de un estado de vida célibe? Para abrir una perspectiva tan distante de la mentalidad y la cultura judaicas, Jesús parte de la situación de unas personas especiales, los eunucos, numerosos en el mundo antiguo de la cuenca del Mediterráneo.

De ellos habla la Biblia presentándolos como una de las categorías de personas más dignas de confianza en las cortes importantes (por ejemplo en la del rey Asuero de Persia: cf. Est 1, 1m.); dignas de confianza porque se veían obligados a velar por los demás, no pudiendo tener vida propia. El eunuco, efectivamente, no podía casarse ni tener hijos, lo cual le privaba de toda dignidad, título de nobleza y disfrute de la vida. Tampoco en el ámbito religioso era afortunado: no podía aspirar al sacerdocio, pues para ello se requería un cuerpo sin defecto, ni gozaba de la bendición divina, cuyo primer signo indiscutible era la abundancia de hijos, sobre todo varones. Para un eunuco, los gozos humanos y divinos celebrados en el salmo 128 eran inaccesibles:

*Dichosos los que temen a Yahvé,
los que van por sus caminos.
Del trabajo de tus manos comerás,
¡dichoso tú, que todo te irá bien!
Tu esposa será como una vid fecunda
en el interior de tu casa.
Tus hijos, como brotes de olivo
en torno a tu mesa.
Así será bendito el hombre que a Yahvé teme.*

Jesús sabía sobradamente que, según la fe de su pueblo, el eunuco no podía acceder a la presencia de Dios ni beneficiarse de sus bendiciones; que era un hombre abocado a una existencia amarga, con un destino destrozado, excluido de la felicidad solidaria de la asamblea santa de los fieles. Quizá por eso mismo, partiendo precisamente de los pobres eunucos – unos de nacimiento, otros mutilados por voluntad humana – Jesús introduce la posibilidad de un estado de vida parecido, que algunas personas desearán abrazar “por el Reino de los Cielos”.

En el texto de Mateo la discusión se interrumpe ahí y Jesús no hablará más de ellos.

El celibato de Jeremías

En el Antiguo Testamento tan sólo encontramos una gran figura a quien Dios pide expresamente el celibato: la del profeta Jeremías. Está claro que ser célibe no es lo mismo que ser eunuco. Pero es lícito pensar que cuando Jesús hablaba de los “eunucos por el Reino de los Cielos” pensaba en los célibes más que en los eunucos propiamente dichos. El célibe, en efecto, no es portador de una anomalía física como el eunuco, sino que simplemente decide no casarse. Este fue, como vimos, el contexto en que Jesús habló de tales “eunucos”. Exploremos pues a qué extraña categoría de celibato pertenece Jeremías, ejemplo que anticipa algunas características peculiares de la categoría introducida por Jesús.

¹ «La palabra de Yahvé me fue dirigida en estos términos: ² «No tomes mujer, no tengas hijos ni hijas en este lugar. ³Que así dice Yahvé de los hijos e hijas nacidos en este lugar, de sus madres que los dieron a luz y de sus padres que los engendraron en esta tierra: ⁴ de muertes miserables morirán, sin que sean plañidos ni sepultados. Se volverán estiércol sobre la haz del suelo. Con espada y hambre serán acabados, y serán sus cadáveres pasto para las aves del cielo y las bestias de la tierra» (Jer 16,1-4).

La lectura de esta palabra de Dios a Jeremías es inquietante. Dios le pide al profeta que no tome mujer ni tenga hijos, pues todos los padres y madres verán a sus hijos convertidos en estiércol esparcido por el suelo. ¡Qué atroz profecía! ¡Qué destino tremendo para el profeta! Su celibato, que no es elección suya, se tornará en signo del destino de Jerusalén. En su persona se inscribe el futuro de la Ciudad Santa y de todo el pueblo judío. La renuncia de Jeremías a ser esposo y padre será propiamente su “palabra profética”.

Palabra de luto, de muerte y desolación, de llanto, vergüenza y horror, de fin de toda vida humana y de toda humana dignidad. La imagen de los hijos muertos, expuestos a la lluvia y a la avidez de las bestias salvajes sin que un gesto de piedad cubra sus cuerpos desgarrados y ultrajados, grita en el celibato de Jeremías. Su celibato clama el fin de Jerusalén, el cese de los gritos de júbilo y alegría lanzados por los jóvenes en el cortejo nupcial de la virgen esposa Israel, cuando ésta avanzaba al encuentro del Señor su esposo. ¡Todo eso se rompe en el cuerpo cerrado y frustrado de Jeremías! ¡Su celibato deja sin efecto la promesa hecha a Abraham de una tierra bella y espaciosa, de cuyos frutos gozarán sus descendientes gratuitamente y por siempre; la promesa de engendrar multitud de hijos, tan numerosos como una lluvia de estrellas caída del infinito del Cielo!

Qué terrible profecía, qué signo de contradicción su celibato. ¡La impotencia de un hombre atestigua la interrupción del poder de Dios a favor un pueblo que, por otra parte, ha elegido como suyo! Llegará en efecto el día en que la profecía de Jeremías se realizará, la hora en que el lamento, la espada, el hambre y la guerra destruirán el país y la prole, el día en que los extranjeros se abalanzarán como buitres sobre la carne violada de los hijos.

¿Qué será entonces de Jeremías? ¿Qué quedará de su celibato? Un signo, un germen de vida superviviente. Un germen de esperanza remitido al futuro, a un tiempo aún lejano, pero que llegará. Un crédito al Dios hartado y ausente, pero vivo en la memoria y en el deseo: dos cosas esenciales para revalorizar el tiempo y seguir soñando, implícitas en el ansia de vivir.

El celibato de Jeremías se yergue como una explícita irreverencia que grita continuamente ese hambre de vida y lucha sin descanso contra la injusticia y el sinsentido de la muerte de la Ciudad de Dios, contra la ruina de su cuerpo de virgen, esposa y madre. Su celibato da voz a la esperanza de lo que vendrá, al “todavía no” que volverá; da vestido a las bodas de Israel, que se consumarán, porque de nuevo “*se alegrará la doncella con el baile, los mozos y los viejos disfrutarán,[...] acudirán al grano, al mosto y al aceite virgen*” (Jr 31, 13.12). Es el desafío de una fe que espera contra toda esperanza.

El celibato de Jeremías anticipa y proclama el milagro de la fe presente en toda la Biblia. “¿*Puede parir el macho?*” (Jr 30, 6). La pregunta parece retórica, pero no lo es para Jeremías que “*ha visto a todo varón con las manos en las caderas, como las que dan a luz*” (ibid.). Ve cosas nuevas con ojos nuevos, cosas en gestación que verán la luz, cosas nunca ocurridas pero que están adviniendo. De un hombre privado de semen, como los eunucos, nace un brote de vida que permanecerá para siempre.

Jesús no tiene nido

²⁴*El que adquiere una mujer, adquiere el comienzo de la fortuna, una ayuda semejante a él y columna de apoyo.*

²⁵*Donde no hay valla, la propiedad es saqueada, donde no hay mujer, gime un hombre a la deriva.*

²⁶*¿Quién se fiará del ladrón ágil que salta de ciudad en ciudad?*

²⁷*Así tampoco del hombre que no tiene nido y que se alberga donde la noche le sorprende* (Si 36,24-27).

Estas palabras de la Sabiduría bíblica revelan algo del celibato de Jesús. ¡No es ciertamente una condición fácil! Lo dice con claridad el propio Hijo de Dios, de forma parecida al Sirácida: “*Las zorras tienen guardas y*

las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza” (Mt 8, 20).

El mundo inhóspito que lo discrimina y lo aísla de todos le hace envidiar incluso la suerte de los animales. Todo ser viviente tiene cuna, refugio, una familia que lo espera. Las palabras de Jesús, que delatan su soledad, su diferencia con respecto a los demás seres que pueblan la tierra, suenan decepcionadas y ásperas. Percibimos su tristeza por no tener mujer, casa, familia, todo eso que hace a un hombre “bienaventurado”. ¡Quizá se siente como el ladrón del Sirácida, obligado a correr de ciudad en ciudad! En realidad su vida es un único y largo viaje, una migración a lo largo y ancho de Palestina, escapando muchas veces de la hostilidad de los escribas y fariseos.

Cuando muera en la Cruz, no dejará hijos que perpetúen la memoria de su nombre. El nombre de Jesús terminará en la Cruz, con él. Morirá entre dos ladrones, dos marginados, como él, de la vida tranquila y común. Al pie de la Cruz estará presente su Madre, sí, pero ya camino de ser la de otros; en la Cruz el vínculo con su madre, su único “lazo de sangre”, desaparece cuando él mismo se la entrega al discípulo amado (Jn 19, 26-27).

También nos dice algo del celibato de Jesús su constante y personal relación con Dios. En los Evangelios lo vemos con frecuencia alejarse de los discípulos y retirarse a lugares desiertos para orar. Es como si su centro afectivo se encontrara en el “desierto”, según dice Marcos (cf. 1, 35). De nuevo, vemos algo verdaderamente extraño: su centro afectivo está vinculado a un lugar solitario y vacío, plagado de serpientes y escorpiones, donde él mismo afrontó, al principio, la tentación de Satán (cf. Mc 1, 13). No obstante, es precisamente en ese lugar inaccesible y solitario donde Jesús encuentra sus palabras, su intimidad, su desahogo y su descanso.

En ese lugar inhabitado habita su Padre o, mejor dicho, ahí va a buscarlo Jesús. Como quien busca a su familia, o a sus hijos, o a su esposa, así Jesús busca al Padre. Eso también caracteriza su celibato, a la manera de Jeremías, que recuerda a Israel cómo Dios lo guió *“por el desierto, por la estepa y la paramera, por tierra seca y sombría, tierra por donde nadie pasa y en donde nadie se asienta”* (Jr 2, 6). Esto ocurría *“en el tiempo de su juventud”*, del desposorio entre Dios e Israel. Para Jesús, el celibato es desposorio en un desierto de sed y soledad, donde su propio cuerpo se torna maná de pan y su corazón engendra ríos de sangre y agua que dan la vida.

Pero el signo más rico y profundo de lo que entraña la forma de vida de Jesús, su renuncia al matrimonio y a formar una familia propia según la sangre, es sin duda la relación que establece con “los suyos”. El pronombre

se refiere a los discípulos, pero también a todos aquellos que “se sientan en torno” a Jesús. Gente que no es de su familia, pero que Jesús considera como “su madre y sus hermanos” (cf. Mc 3, 31-35). La vida de Jesús se muestra desvinculada de su madre y hermanos “según la carne” y vinculada a todos aquellos que cumplen la voluntad de Dios. En definitiva, éstos son la familia de Jesús.

Dios es el Padre de esta familia (cf. Mc 11, 25), con la cual el Hijo de Dios comparte íntegramente la experiencia terrena. Vive con ellos, ve sus carencias, percibe sus sufrimientos, es generoso ante sus necesidades. ¡Aprende a ser el Hijo del hombre! Jesús purifica al leproso, cura al paralítico, toca a la hemorroisa, se conmueve ante la multitud semejante a un “*rebaño sin pastor*” (Mc 6, 34). El celibato de Jesús no es un amor restringido, sino multiplicado. Un amor no posesivo, sin títulos ni derechos de autor... un amor total, libre y gratuito. Un amor que forma una familia diferente sobre la tierra, donde la Promesa puede realizarse como Reino de Dios en el mundo. En esa familia, Jesús se deja amar por “los suyos”, en un espontáneo y fuerte deseo de abrazo. En ella, las mujeres están tan presentes como su propia alma. Las mujeres; algunas con nombres variados, muchas con el nombre de María. La madre (María), la amiga (María de Betania), la “esposa” de la mañana de Pascua (María Magdalena).

Ellas son continuamente para Jesús fuente de fuerza y energía. ¡Las únicas que no lo abandonarán! Permanecerán con él al pie de la Cruz, buscarán su cuerpo para bañarlo con una rociada de amor y de esperanza cuando lo descendan de la Cruz. Serán las primeras en ir a reclamar su cuerpo derrotado, la mañana siguiente al sábado. Derrotado para el mundo y quizá para los apóstoles, pero inestimable, único, insustituible y eterno para ellas. Fresco y fragante entre sus brazos.

Sin las mujeres, Jesús no hubiera podido vivir su “celibato por el Reino”. Sin esas acompañantes, discípulas, madres, hermanas, hijas, profetisas, diaconisas, voceras anunciadoras de la pujante florecencia de Vida nueva que surge del cuerpo de un hombre sin hijos, sin riquezas, desechado por todos, colgado de un madero como un maldito, ante cuyo semblante horriblemente desfigurado uno vuelve los ojos.

Por último, la relación entre Jesús y los Doce es particularmente íntima y significativa. Vivieron bajo el mismo techo y viajaron con él, realizando junto con el Hijo de Dios la predicación y los milagros del Reino. Con ellos Jesús formó un único “cuerpo”, cuando los llamó a seguirle y los “*instituyó doce*” (el verbo griego es *poiein*) “*para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios*” (Mc 3, 14-15). Es una relación auténticamente esponsal: Jesús es uno con los Doce que, a su vez,

son “instituidos” tales, es decir, realidad de comunión. Una nueva creación, una nueva antropología, un nuevo modo de vivir con extrema pureza la “esponsalidad”. Eso es el celibato de Jesús por el Reino.

El celibato de Pablo

Mientras que debemos deducir de lo que dicen los Evangelios cómo interpretar el celibato de Jesús, no ocurre así con el de Pablo, pues él mismo lo aclara muy explícitamente. En el capítulo 7 de la 1ª carta a los Corintios, y en el contexto de un largo discurso respondiendo a las preguntas que, desde aquella ciudad, le habían enviado por escrito con relación al matrimonio, Pablo introduce la cuestión del celibato:

“¹En cuanto a lo que me habéis escrito, bien le está al hombre abstenerse de mujer. ²No obstante, por razón de la impureza, tenga cada hombre su mujer, y cada mujer su marido. [...] ⁶Lo que os digo es una concesión, no un mandato. ⁷Mi deseo sería que todos los hombres fueran como yo; mas cada cual tiene de Dios su gracia particular: unos de una manera, otros de otra. ⁸No obstante, digo a los no casados y a las viudas: bien les está quedarse como yo, pero si no pueden contenerse, que se casen; mejor es casarse que abrazarse. [...] ¹⁷Que cada cual viva conforme le ha asignado el Señor, cada cual como le ha llamado Dios” (1 Co 7, 1-2.6-8.17).

El mensaje de Pablo sobre el celibato es claro y sencillo: “[su] deseo sería” que todos fueran como él, célibes, pero no es algo de primordial importancia para la fe de la Iglesia cristiana. Casados, solteros y viudas pueden vivir y celebrar el don de Dios y de su gracia en el Señor resucitado, en cualquier forma de vida, tanto en el matrimonio como en el celibato. Son opciones secundarias según él. Lo que verdaderamente cuenta a sus ojos es que “para vivir en paz os llamó el Señor” (1 Co 7, 15); por lo demás, ¡que nadie cambie la condición que tenía cuando se convirtió al Señor! Pablo reconoce, sí – un poco como los discípulos de Jesús en el texto de Mateo – que casarse no es ventajoso. En realidad el matrimonio genera múltiples preocupaciones que pueden distraer de lo que “nos mueve al trato asiduo con el Señor” (1 Co 7, 35). Pero al mismo tiempo, su inteligencia y su sentido común le llevan a afirmar espontáneamente que es mejor casarse que exponerse a los múltiples riesgos de una vida sexual difícil de controlar. Porque ¡el celibato no es un elemento discriminador en la vida cristiana! Incluso los apóstoles llevaban con ellos a mujeres creyentes (cf. 1 Co 9, 5).

La opción personal de Pablo se debe a su pasión visceral por el Evangelio y por el Señor crucificado. El anuncio totalmente gratuito de la gracia proclamada en el Evangelio llena su vida, no necesita nada más. Esa

pasión lleva hasta tal punto de plenitud su “esponsalidad” con Cristo que Pablo llega a decir: “*Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí*” (Ga 2, 20); y también: “*¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? [...] El que se une al Señor, se hace un solo espíritu con él*” (1 Co 6, 15.17).

Las razones bíblicas que sustentan doctrinalmente el celibato católico deben mucho a la influencia de Pablo, pero él también explica sin ambigüedad que cuando uno está revestido de Cristo, lo importante no es el matrimonio ni el celibato, sino “la fe que actúa por la caridad”, el ser una criatura nueva (cf. Ga 3, 28; 5, 6; 6, 15).

“¿De quién dice esto el profeta?”

El libro de los Hechos de los Apóstoles cuenta la historia de un eunuco. Es uno de los más bellos relatos del Nuevo Testamento (Hch 8, 26-40). Se trata de un hombre procedente del lejano Sur, un africano al servicio de Candace, reina de los etíopes. Felipe lo intercepta cuando, “en su carro de viaje”, baja de Jerusalén a Gaza. Había ido a Jerusalén buscando palabras de consolación. Y ahora está leyendo, en el libro del profeta Isaías, el pasaje que dice: “*Fue llevado como una oveja al matadero; [...] su vida fue arrancada de la tierra [...] mas ¿quién podrá contar su descendencia?*” (He 8, 32-33). He aquí que, movido por el Espíritu, el diácono Felipe se cruza en su camino y le pregunta: “*¿Entiendes lo que vas leyendo?*” El eunuco responde: “*¿Cómo lo puedo entender si nadie me hace de guía?*”

Lo que el eunuco no entiende y quiere saber a toda costa es de quién dice el profeta esas palabras, si es de sí mismo o de otro. Felipe aprovecha la oportunidad para hablarle de Jesús y revelarle que a él se refiere la antigua profecía. A un hombre, por consiguiente, rechazado e injustamente condenado, célibe y sin hijos, pero ¡de él surge, en un momento dado, una descendencia inconmensurable! Entonces, el eunuco entiende que la profecía también se refiere a él, a su vida marginada, a su futuro confiscado, a su nombre destinado al olvido perpetuo. En ese momento, el eunuco etíope, con menos derecho que nadie a la salvación, el africano de piel oscura, siente que en su corazón se enciende la esperanza. De su cuerpo impotente ve ya brotar un río de hijos, un mar de gozo inesperado.

Un celibato donde el Reino de Dios ha venido a habitar.

EL VOTO DE POBREZA EN ÁFRICA: LUCES, SOMBRAS Y DESAFÍOS, DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA VIDA RELIGIOSA FEMENINA

Hna. Carmen Sammut, msola

La Hna. Carmen Sammut, superiora general de las Hermanas Misioneras de N^a Sra. de África, nació en Malta y se dedica a la enseñanza. Estudió en el PISAI, Instituto Pontificio de Estudios Árabes e Islámicos. Ha vivido durante treinta años en África del Norte (Mauritania, Argelia y Túnez).

Redactó este artículo a partir de las aportaciones de siete superiores generales de congregaciones africanas y lo presentó al “Consejo de los 18” en la sede de Propaganda Fide (Roma), el 15 de mayo de 2012.

Original en inglés

Introducción

“**C**onocéis bien la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza.” (2 Co 8, 9).

Las jóvenes africanas que llaman a nuestras puertas para ser religiosas, abrazando así libremente una vida centrada en Cristo por medio de los votos, llegan con un bagaje personal muy rico y están llamadas a convertir esa riqueza en un medio de enriquecer a los demás. Aportan una historia cultural valiosa, de la cual forma parte en primer lugar su pertenencia a familias tribales, que consideran frecuentemente el bien del grupo como más importante que los deseos – o incluso los derechos – individuales; han tenido el apoyo de esa amplia familia, donde aprendieron a compartir, a practicar la hospitalidad y la ayuda mutua. Saben cómo hacer frente a las exigencias de la vida, pues muchas veces han llevado la responsabilidad familiar. El entorno donde han crecido considera que la vida es un don, globalmente, sin que intervengan nuestras clásicas separaciones entre cuerpo y alma, vida y muerte, natural y sobrenatural. Para ellas, el tiempo es algo que está al servicio de las relaciones

humanas, no un bien en sí mismo. Pasado, presente y futuro se entrelazan. Muchas de ellas han vivido vinculadas a la naturaleza y empatizan con el cosmos. Saben casi siempre sacrificarse por los demás, vivir generosamente y hacer fiesta con alegría.

Nótese no obstante que en muchos países las jóvenes africanas han pasado al menos parte de su vida en un contexto de luchas o guerras étnicas; que a veces proceden de países donde la pobreza material, considerada como una maldición, es al suerte habitual de la mayoría; que con frecuencia no han sido escolarizadas adecuadamente a causa de las circunstancias, o han sufrido diversas experiencias traumáticas.

Todo ello influye en su forma de vivir el voto de pobreza y necesita ser probado en el crisol del misterio Pascual, hasta convertirse en fuente de vida para todos.

Luces

El voto de pobreza tiene que ver con la pobreza espiritual y con el compromiso a seguir la forma en que Cristo vivió y se relacionó con los demás.

Pobreza espiritual: con Jesús, nos damos cuenta de que todo lo que somos procede de Dios; así pues, recibimos de él cuanto somos y tenemos con agradecimiento y conscientes de ser administradores, no dueños de ello. Estamos llamadas a ser co-creadoras, a liberar nuestra persona del egoísmo y del deseo de acumular y poseer, para poder comunicar vida. En ese intercambio de dones, ninguna es tan pobre que no pueda aportar nada y ninguna es tan rica que no necesite recibir nada. Todos estamos verdaderamente llamados a depender de Dios y a depender unos de otros.

Cuando hablamos del voto de pobreza, nos referimos también al compromiso por el cual asumimos voluntariamente la condición de necesitados, a la manera de Cristo, que se hizo pobre para enriquecernos. Compromiso reconocible por la alegría que genera, incluso en circunstancias difíciles. Es la elección libre de no poseer nada para seguir el ejemplo de vida de Cristo. La principal dificultad que esto entraña, en el contexto africano, es la renuncia a tener hijos, a tener una familia propia, a dar descendencia a los progenitores. Cuando la joven africana se entrega a Cristo, abrazando su forma de vida, acepta la invitación del Señor a seguirle, a él que dejó a su familia y renunció a fundar una familia propia. Muchas veces, la mujer consagrada africana percibe el no tener familia propia y el no estar rodeada de sus parientes y amigos como la mayor de las pobrezas.

A veces nos resulta difícil hablar de *voto de pobreza*, porque poseemos

muchas más cosas que las personas que nos rodean. Sería más significativo hablar de *voto de compartir*. Compartir cuanto recibimos y ganamos, tener una actitud no posesiva con respecto a las cosas materiales, a las situaciones profesionales, al poder, a las personas, a los talentos e incluso a nuestra propia vida. Vivir juntas pacíficamente, con un estilo de vida sobrio, conviviendo generalmente con diversos grupos culturales y étnicos en comunidades donde cada una recibe lo que necesita, es un signo de contradicción en el mundo de hoy, que considera el ambicionar bienes materiales, buenas situaciones profesionales y poder como una actitud normal, y donde las luchas inter-étnicas están aún tan presentes. Este estilo de vida que lo comparte todo crea fuertes lazos entre los miembros de la comunidad. Propicia una gran libertad interior y un sentido de responsabilidad con respecto al cuidado de los bienes puestos a disposición de todas. Contribuye finalmente a crear un clima de confianza en el cual los miembros se estimulan mutuamente en la vivencia del voto.

Compartir implica asimismo un amor preferencial por los pobres, que lleva muchas veces a las religiosas a ponerse al servicio de los marginados: enfermos, huérfanos, prostitutas, ancianos, vulnerables, drogadictos, niños de la calle, prisioneros. Las religiosas viven solidarizadas con los pobres, los respetan, trabajan codo a codo con ellos. Se esfuerzan por continuar la misión de Jesús de hacer venir el reino de Dios (Lc 4, 16-19). No sólo los socorren, sino que comparten con ellos sus saberes y destrezas, enseñándoles a salir adelante por sí mismos. Las religiosas luchan en defensa de los derechos de los marginados para conseguir que sean tratados con dignidad, afrontando en esa lucha obstáculos políticos y sociales. Se comportan con justicia con quienes trabajan para ellas, pagándoles el salario justo y respetando sus derechos.

Un indicador seguro de generosidad en el seguimiento de Cristo es aceptar irse a vivir, a causa del reino de Dios, en zonas carentes de algunas cosas básicas como agua corriente, luz, conexión a internet.

Ganarse la vida trabajando, incluso trabajando manualmente, es otro aspecto de nuestros proyectos congregacionales orientado a conducir las religiosas a autoabastecer sus propias necesidades y las que surgen de la misión. Es algo que requiere creatividad, osadía y espíritu de sacrificio; una experiencia que plantea interrogantes importantes.

Compartir, acoger, brindar hospitalidad, ser generosa, son valores de gran importancia. Frecuentemente las circunstancias obligan a las religiosas a pasar parte de su tiempo “libre” escuchando a otras personas, que vienen muchas veces porque saben que pueden confiar en ellas. Como a la viuda de Sarepta, la confianza en la Providencia ayuda a las hermanas a compartir lo

poco que hay en casa con quien llega de improviso. Siempre hay sitio y tiempo para acoger.

La Tierra es en África un valor de por sí. Proteger la naturaleza, luchar contra la erosión plantando árboles y plantas, proteger los manantiales, no gastar inútilmente luz y alimentos, son cosas que las religiosas africanas integran naturalmente en su forma de vivir este voto.

Sombras

Muchas candidatas africanas a la vida religiosa provienen de contextos pobres. Algunas ven en ella una oportunidad de promoción social. Los motivos que pueden conducir las a una congregación religiosa son diversos: deseo de estudiar, de tener una vida confortable y sin esfuerzos, de ayudar a su familia. Por eso muchas abandonan una vez que han terminado los estudios y se encuentran en condiciones de ayudar a los suyos.

Es cierto que nuestras casas y estilo de vida no tienen comparación con los de la gente que nos rodea; se nos percibe como personas ricas. Esto puede ser un testimonio contrario al que intentamos ofrecer. Cuando las familias ven nuestras casas, tierras, escuelas, coches... pocas veces comprenden el voto de pobreza; espontáneamente, piensan que la entrada de una de sus hijas en la congregación mejorará sus propias condiciones de vida. No perciben que una religiosa no tiene ninguna pertenencia personal. Necesitan que les expliquemos el significado de los votos, en particular del voto de pobreza.

Algunas familias presionan a sus hijas para que les ayuden a construir una casa, a pagar la escuela o los gastos ocasionados por una enfermedad, a organizar una fiesta... la cosa no es sencilla. En muchas culturas, la joven que ha tenido la oportunidad de estudiar debe pagar a su vez los estudios de alguna o alguno de sus hermanos pequeños. En las familias hay una verdadera comunidad de bienes que permite ayudarse mutuamente y ayudar a los parientes enfermos. Una importante cuestión de justicia está implicada en esas prácticas, que por otra parte pueden acarrear serias preocupaciones a cada miembro considerado individualmente. Nuestros Institutos deben examinar caso por caso, pues no se le puede pedir a alguien que abandone a sus padres muertos de hambre mientras que ella va a vivir sin que nada le falte. Hay también familias terriblemente necesitadas que nunca pedirán nada. Por eso es necesario un espíritu de discernimiento comunitario para determinar cuándo, a quién y cómo ayudar, sin crear tampoco una dependencia de la congregación.

A veces se observan en ciertas comunidades envidias y comparaciones,

hermanas que quieren lo que otras tienen, aunque no lo necesiten para su apostolado. Puede haber una tendencia a juzgar del valor de una persona en función de lo que gana o posee, de lo que recibe o aporta en el presupuesto comunitario. El desafío es cómo llegar a ser una comunidad de iguales.

A pesar de su origen marcado por la pobreza, encontramos que algunas hermanas no cuidan el material puesto a su disposición, como coches, motocicletas, casas, o incluso que malgastan el dinero y pierden el tiempo.

También observamos que trabajar con los pobres, esforzándose por luchar contra la injusticia y promover la justicia, puede resultar muy poco gratificante y conducir al desánimo. Es algo tan desbordante que cuanto hacemos parece una gota de agua en el océano.

Relaciones con nuestros pastores

Las religiosas necesitan a veces mucho aguante y mucho ánimo para colaborar con la iglesia local en el anuncio de la Buena Noticia sin recibir salario alguno (aunque se lo hayan prometido). Saben que su fidelidad primordial se dirige a Cristo. Darles un salario ínfimo por sus servicios es injusto, con eso no pueden vivir decentemente ni cuidar de sí mismas conforme al desgaste ocasionado por el trabajo. Hay que establecer contratos claros entre las religiosas y las diócesis. Estas últimas, por su parte, acusan con frecuencia a las superiores de retirar a los miembros sin advertirles con la antelación necesaria. Establecer un contrato ayudaría a estipular claramente el periodo de tiempo durante el cual se dispondrá de tal hermana para desempeñar tal apostolado.

La cuestión de la propiedad puede ser otra manzana de discordia en algunas diócesis. No siempre es fácil obtener los títulos de propiedad de nuestras propiedades cuando han sido registradas como pertenecientes a la diócesis. Esto difiere mucho de unas diócesis a otras.

Desafíos

Creo que uno de los mayores desafíos es la formación: ¿cómo pueden contribuir ciertos aspectos de mi cultura a introducirme en la mentalidad de Jesús? Necesitamos inculturar la formación de las candidatas, sacar partido de aquellos valores culturales que puedan ayudarlas a vivir los votos con sentido. Así, la acción transformadora de la fe tendrá una influencia más incisiva sobre sus actos, palabras y estilo de vida.

Es necesario ayudar a las candidatas a discernir sus motivaciones y a purificarlas en los primeros años.

También se advierte la necesidad de formación continua, especialmente durante la etapa de votos temporales, pues vivir los votos implica una conversión personal y comunitaria a la forma de vivir de Cristo. Tenemos que esforzarnos continuamente por ser verdaderos testigos de reconciliación, de justicia y de paz.

Conviene asimismo orientar la formación a saber incidir sobre las estructuras injustas.

Otro desafío es que las congregaciones consigan autofinanciarse para que los miembros no tengan que buscar fuera de ellas, a veces de forma inadecuada, lo que necesitan. La formación profesional y la formación de las administradoras es de capital importancia.

Hay que ayudar a las familias a comprender la vida religiosa. Las congregaciones, por su parte, necesitarían algún criterio-tipo de discernimiento para determinar cómo y cuándo ayudar a las familias.

Conclusión

Para concluir, quisiera afirmar que las religiosas son una gran riqueza de la Iglesia africana y de los países del continente. El amor a Cristo, que manifiestan con el voto de pobreza, las incita a ir hacia los pobres, a compartir sus condiciones de vida, a hacerse verdaderamente “todo a todos”. Entre congregaciones, nos sentimos llamadas a trabajar juntas para inculturar mejor la vida religiosa en África y apoyar a las jóvenes congregaciones que se esfuerzan por formar a sus miembros.

¿DEBEMOS OBEDECER A PERSONAS HUMANAS PARA OBEDECER AL SEÑOR JESÚS?

P. Adrian Schenker, op

Adrian Schenker, op, nació en Zurich en 1939. Estudió en Francia, Bélgica, Suiza, Jerusalén y Egipto. Ha sido profesor de Antiguo Testamento en la Universidad de Friburgo (Suiza). Es miembro de la Comisión Bíblica Pontificia, presidente de la Comisión teológica de la Conferencia episcopal suiza, y autor de numerosas publicaciones y artículos traducidos en varios idiomas y publicados en revistas bíblicas y teológicas internacionales.

Original en francés

1. La obediencia en la vida de los discípulos de Jesús y en la vida comunitaria de los cenobitas del desierto

Los padres del desierto quisieron obedecer a su maestro porque los discípulos de Jesús habían obedecido a Jesús como a su Maestro y Señor. La renuncia a la voluntad propia forma parte en efecto de la vida de los discípulos : “*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo [...] y sígame*”, les dice Jesús en el evangelio (Mt 16,24; Mc 8,34; Lc 9,23). Renunciar o negarse a sí mismo significa abdicar el control de uno mismo y dejarse hacer por otro que tomará el lugar del propio yo. Ya no soy yo quien gobierno. Ya no tendré que querer o rechazar nada.

La radicalidad sobrehumana de esta exigencia refleja la obediencia del propio Jesús a su Padre: “*Abba, Padre, todo es posible para ti; aparta de mí este cáliz; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.*” (Mc 14,35 y paralelos en Mt y Lc). La primera generación cristiana cantó de Jesús: “*Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*” (Fil 2,9). Y como “*el discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor, y bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor*” (Mt 10,24-25), la obediencia querida y practicada por el Señor Jesús se convierte en el deseo de su discípulo y siervo. Desea vivir como su Maestro y hacer aquello que ha visto hacer a su Señor.

Es imposible leer el Nuevo Testamento sin asociar estas dos renunciaciones a la voluntad propia, la que Jesús pide a cuantos quieren seguirle y la que él vive con respecto al Padre. En ambos casos encontramos la misma exigencia radical, la misma superación de las inclinaciones naturales. Y como Jesús reveló a sus discípulos que quería vivir en esa dependencia con respecto a su Padre, ellos comprendieron que la razón de ser y el fundamento de la renuncia a sí mismos que el Señor les pedía era la suya propia.

Juan Casiano (finales del siglo IV^o y principios del V^o) propone en la conferencia 19,⁶¹ el ejemplo del abate Juan, que pasó de una vida solitaria de anacoreta a la vida cenobítica. Juan explica a su visitante por qué dio ese paso. Lo hizo por dos razones: “porque todas las ventajas de la soledad pesan ciertamente menos que la de no tener ninguna preocupación del mañana; y para poder, sometiéndome hasta el fin de mis días a la guía de un abad, imitar de alguna manera a aquel de quien está escrito: *‘se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte’* (Fil 2,8) y repetir humildemente sus palabras: *‘No he venido para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió’* (Jn 6, 38).” En efecto, un ermitaño, por más que viva modestamente, ha de preocuparse por ganar el pan de cada día, vender el fruto de su trabajo, ofrecer hospitalidad a los que pasan o vienen a verle; mientras que el monje que vive en comunidad se encuentra liberado de esas preocupaciones, y así puede cumplir el precepto evangélico de no preocuparse por el mañana, según la palabra del Señor en el Sermón de la Montaña (Mt 6, 34). La recompensa que reporta el cumplimiento de este precepto de Jesús compensará por sí sola todos los frutos que cabría esperar de una vida solitaria en el desierto.

Es evidente que el abate Juan se considera como uno de los discípulos sentados alrededor del Maestro en la montaña y que pretende, en primer lugar y principalmente, poner en práctica la enseñanza de Jesús. Por eso prefiere en definitiva a la vida eremítica la vida cenobítica o comunitaria, que permite cumplir mejor la enseñanza de Jesús sobre el abandono confiado a la providencia divina.

Y en segundo lugar, añade, “podrá imitar” así a Jesús obediente al Padre. El término “imitar” corresponde al original latín *aemulari*: hacerse émulo del Señor Jesús, que quiso vivir en la obediencia. El monje elige pues libremente el camino de la obediencia al abad de su monasterio para poder hacer, con toda humildad, lo que hizo el propio Jesús. Quiere aprender a hacer en el monasterio eso mismo que ve que Jesús pide a sus discípulos en el evangelio.

2. Las implicaciones teológicas de la emulación de Jesús y de sus discípulos por los monjes del desierto

El abate Juan, cuyas palabras relata Casiano, quiso vivir de alguna manera

a finales del siglo IV^o la obediencia de Jesús. Estaba convencido por consiguiente de que era posible hacerlo no sólo en la época de Jesús, cuando éste instruíra personalmente a sus discípulos con la palabra y el ejemplo, sino también cuatro siglos más tarde, mucho después del paso del Señor por esta tierra. El sometimiento a un abad, gracias a la renuncia a la voluntad personal, permite realmente al monje hacer lo mismo que los doce y los otros discípulos con respecto al maestro Jesús. Así, el monje se encuentra en su monasterio bajo la guía del abad en las mismas condiciones que los discípulos buscando ajustar su vida a la enseñanza de Jesús. Y tendrá la misma “recompensa” que ellos: la alegría que nace en una vida vivida con Jesús y según sus consejos.

Es decir que la vida de los monjes hace presente a Cristo Jesús en medio de sus discípulos. Es como un sacramento en el sentido que, para personas que viven mucho después que Jesús y los doce, se reproduce la misma realidad del maestro Jesús transmitiendo su sabiduría a sus discípulos, en la persona de un abad introduciendo a los monjes de su comunidad en la vida conforme a Jesucristo. Los monjes deciden libremente, como el abate Juan de la conferencia de Casiano, renunciar a su voluntad propia y someterse a la del abad, para cumplir lo que el propio Jesús vivió en su persona con respecto al Padre y enseñó a los suyos. De esa manera, los monjes desean configurar su vida a la de Cristo y sus discípulos, con el fin de participar de los frutos de una existencia así conducida.

En resumen: la obediencia profesada al abad se hace una única y misma cosa con la obediencia de Jesús y de sus discípulos, que el Nuevo Testamento muestra y explica.

3. ¿Cómo puede uno hoy hacerse discípulo de Jesús?

Casiano aprueba la experiencia del abate Juan con convencimiento y admiración. ¿Hace bien en proponerla a sus numerosos lectores a través de los siglos como un ejemplo a seguir? La fuerza de convicción viene de la fe en la actualidad siempre viva de la palabra de Dios. La obediencia de Jesús a su Padre del cielo y la exigencia de obediencia que impuso a los que querían seguirle mantienen toda su verdad. No han pasado. Por eso, los que leen la Sagrada Escritura con una fe despierta buscan instintivamente qué medios y ocasiones les permitirán poner en práctica también ellos el ejemplo de Jesús y vivir conforme a sus directivas de Maestro y Señor.

La Regla de san Benito muestra la atracción profunda que ejercía sobre él una vida marcada por la obediencia a Dios. El prólogo de la Regla es luminoso al respecto: “Escucha, hijo mío, los preceptos de un maestro y aguza el oído de tu corazón. Acoge con gusto la exhortación de un padre entrañable y ponla en práctica enérgicamente, para que por tu obediencia laboriosa retornes a Dios, de

quien te habías alejado por negligencia y desobediencia. A ti pues dirijo ahora estas palabras, quienquiera que seas, si es que has decidido renunciar a tu voluntad propia y esgrimir las potentísimas y gloriosas armas de la obediencia profesada a Cristo el Señor. Él es en efecto el verdadero rey por quien quieres combatir como soldado.”

La enseñanza dispensada a un hijo – es decir a un joven aún inexperto en la vida – por un padre entrañable, abre la perspectiva del aprendizaje; el trabajo de la obediencia para reparar los daños causados por la búsqueda de falsas libertades, evoca el difícil retorno del hijo pródigo; la lucha del soldado bajo las armas del verdadero rey, Cristo, ilustra la necesidad y el beneficio de la obediencia para conseguir la victoria final.

Estas líneas del prólogo de la Regla de san Benito rezuman Sagrada Escritura e implican una fe viva en la actualidad de sus palabras: incluso ahora puede uno vivir conforme a ellas y, según san Benito, la Regla que él escribe no es sino un medio de poner por obra el ejemplo y las palabras que el Señor Jesús propuso a quienes creían en él y en su enseñanza.

4. ¿Es legítimo ponerse en manos de personas humanas en nombre de la obediencia profesada al Señor Jesús?

Actualmente, una dificultad importante relacionada con la renuncia a la voluntad propia es el peligro de ser manipulado y utilizado. Es un peligro considerable y los daños del abuso de poder en ese ámbito son sumamente graves. La historia da muestras innumerables de ello. La obediencia impuesta con menosprecio de las personas puede conducir a las peores alienaciones. Y como semejantes alienaciones han afectado o afectan aún a personas reales, hay que hablar de ese peligro de alienación, y del gran sufrimiento que causa, con gran seriedad y con plena conciencia de su gravedad.

Ante los peligros del posible abuso, ¿vacilará la fe en la verdad de la palabra de la Escritura, que nos invita a emprender confiadamente el camino de la renuncia a nosotros mismos? No, sigue siendo pertinente, porque la existencia humana es imposible sin obediencia. Santo Tomás de Aquino fundamenta la obediencia específica de la vida consagrada en la necesidad omnipresente y universal de aprender y ejercitar continuamente las capacidades humanas. Es una necesidad que se impone con evidencia a todos los hombres. Porque, por su propia naturaleza, el ser humano necesita adquirir su pericia en todos los ámbitos. La adquisición del amor a Dios y al prójimo no es una excepción. Al contrario, hay que aprenderlo y ejercitarse en él con asiduidad. Ahora bien, para aprender necesitamos maestros que nos enseñen lo que queremos aprender. En ellos vemos cómo proceder. Pero el maestro no podrá hacernos progresar si no reconocemos su autoridad. Debe poder darnos directivas que aceptemos con

sometimiento y confianza. Aprender y obedecer van juntos.

Pues bien, añade santo Tomás, “el hombre no puede dar a Dios nada más grande que el sometimiento de su voluntad a la de otro por Dios mismo” (Suma teológica, II-II, cuestión 186 artículo 5, respuesta a la 5ª objeción). Y para fundamentar esta afirmación, cita la conferencia 18,7 de Juan Casiano en la cual el abad Piamun habla de los monjes decadentes, diciendo de ellos: “Su principal afán es permanecer libres del yugo de sus mayores, para conservar la entera libertad de cumplir su voluntad propia (*voluntates suas*)..., de hacer lo que les parezca. Sin embargo, se desgastan con las obras de piedad que realizan día y noche más que los que viven en los monasterios”².

Este fragmento de Casiano tiene para Tomás de Aquino rango de “autoridad”, es decir de prueba teológica. Opone las “obras” monásticas a la renuncia a la voluntad propia. Esas obras tienen menos valor que la sumisión de la voluntad propia a la del abad. Se comprende bien por qué. Las obras son actividades externas que la persona realiza, mientras que la voluntad es la persona misma. Al entregar su voluntad, sometiéndose a la de otro, para hacer lo que hizo Cristo con su Padre, la persona se entrega a sí misma a Cristo y a Dios. Pero esto es algo que uno debe aprender y ejercitar, como toda pericia o perfección necesita ser aprendida y después mantenida por el ejercicio, bajo la mirada de un maestro experto al cual nos sometemos con confianza.

En conclusión, la obediencia está ciertamente expuesta a grandes abusos, pero sin ella no aprenderíamos nada. Es indispensable para cualquier desarrollo y adquisición de capacidades y competencias humanas. Entre ellas, el don de uno mismo a Cristo y a Dios ocupa el primer lugar, porque corresponde al amor de Dios y de Cristo. Ésta es la perfección más alta que los hombres pueden alcanzar, si consideramos la vida humana a la luz de la fe.

5. Conclusión: finalidad y condiciones de la obediencia en la vida consagrada a la luz de la Sagrada Escritura

La obediencia religiosa es la misma que la obediencia de los discípulos a Jesús. Ellos lo siguieron como a su Maestro, sometiendo su voluntad a la de él. La vida consagrada hace presente al Señor Jesús para quienes desean seguirlo hoy. El Señor se da a ellos como Maestro. Guiados por él aprenden a amar a Dios y al prójimo. Es una presencia similar o análoga a la que realizan los sacramentos, en los que Jesús está presente por el Espíritu Santo y en los que realiza en este momento lo que hacía antaño, durante su vida humana sobre la tierra. En la vida consagrada, Jesús enseña a sus discípulos la conformidad con la voluntad de Dios mediante la renuncia a la voluntad propia.

De la misma manera que los sacramentos hacen presente al Señor gracias a signos y palabras que indican su presencia, la voluntad del abad, o de la

comunidad que se expresa por boca de sus guías o jefes (constituciones, superiores y capítulos), es el signo de la voluntad del Maestro Jesús, a la cual los discípulos se someten voluntariamente para renunciar a sí mismos, siguiendo así a Jesús que se sometió a su Padre.

La obediencia consagrada no puede ser sino libre y deseada con determinación. Porque los discípulos siguieron a Jesús libremente. *Decidieron* hacerlo. En efecto, vieron que Jesús era la verdadera autoridad, venida de Dios, y que perderían la mejor oportunidad de su vida si desdeñaban su llamada a seguirle y a aprender de él. Ese fue el drama del hombre rico, según los evangelios (Mt 19, 16-30; Mc 10, 17-22; Lc 18, 18-30). Por eso, los que sienten la llamada de Jesús a seguirle en la vida consagrada eligen libre y deliberadamente someterse a la voluntad de sus autoridades humanas concretas, para estar seguros de que no esquivan someterse a más alta autoridad, la de Jesús.

En las comunidades de vida consagrada, el ejercicio de la autoridad es una grave cuestión de conciencia para quienes están encargados de él. Porque la autoridad que ejercen es signo casi sacramental de la autoridad del Maestro Jesús. Así pues, ¿cómo habrán de ejercerla para no injuriar al Señor que pretenden – y deben pretender – representar, bajo la forma de una autoridad humana concreta! Quien ejerce la autoridad en la vida consagrada no está menos obligado que quien decide libremente someterse a ella. Porque su autoridad ha de asemejarse, por poco que sea, a la del Señor Jesús, que significa y representa.

Donde hay autoridad y obediencia los conflictos son inevitables. Pedro no quiso dejarse lavar los pies por su maestro amado y venerado (Jn 13, 6-10). En estos conflictos, la búsqueda de soluciones ecuanímes y justas supone también para ambas partes una forma de humilde renuncia a la voluntad propia, ya que las soluciones serán muchas veces acuerdos intermedios, implicando moderación y abandono de parte de los derechos que legítimamente cabría reclamar.

¹ *Jean Cassien, Conférences*, ediciones E. Pichery, t. 3, Sources chrétiennes 64, Paris, Le Cerf, 1959, p. 43-45.

² *Jean Cassien, Conférences* (cf. nota 1), p. 19. El texto citado por santo Tomás difiere del editado por *Sources chrétiennes*. Es un texto difícil de entender. Es posible que esté en desorden. Aquí seguimos la versión que leyó santo Tomás.

EL RETO DEL LIDERAZGO EN LA VIDA CONSAGRADA – UNA VISIÓN TEOLÓGICA PARA NUESTRO TIEMPO

P. José Cristo Rey García Paredes, cmf

El P. José Cristo Rey García Paredes, misionero Claretiano, es Doctor en Teología, experto en Mariología y en Vida Consagrada. Es profesor en el Instituto de Teología de la Vida Religiosa en Manila (Filipinas) y en Madrid (España).

Original en español

No nos encontramos en tiempos fáciles para conducir la nave de la vida consagrada, de nuestras órdenes, congregaciones o institutos, de nuestras comunidades. A veces da la impresión de que no navegamos, sino que únicamente la nave se mantiene a flote, aparcada en el mismo mar. Tenemos en nuestras manos valiosos documentos de ruta hacia mares nuevos, pero después de varios intentos fallidos, quienes conducen la barca tienden a reconducirla hacia el puerto seguro y acaban aparcados en un realismo sin sobresaltos.

Sabemos bien a dónde queremos ir, pero quienes gobiernan ¿saben cómo llevar al grupo a la meta soñada? Creíamos disponer de buenos líderes, pero las decepciones han sido muy grandes. ¿Cuántos líderes gozan de prestigio y de la confianza de las mayorías? ¿Cuántos líderes tienen autoridad? ¿Qué incidencia tienen sus palabras, sus propuestas en nuestros grupos? ¿Generan ilusiones, comunión, o más bien desencanto o indiferencia?

Nuestros líderes están sobrecargados de tareas, viajes, reuniones, actos representativos, documentos precipitados que hay que publicar etc. No disponen del sosiego, la calma que los desafíos personales e institucionales que han de abordar, requieren. Tienden a utilizar recursos fáciles, soluciones que han demostrado no solucionar nada, o a huir hacia delante con otros proyectos que responden a las modas del momento, pero no aportan soluciones.

Fijémonos lo que significa para un Instituto tener un liderazgo sin visión, sin autoridad, incompetente, durante varios años. Como por otra parte, no es frecuente entre nosotros la “ética de la renuncia” y no pocos superiores piensan que la “reelección” es reconocimiento y premio por la tarea realizada, se

duplican los liderazgos en “segundas partes” peores.

Lo que digo se constata en el ámbito político (de la política mundial y nacional), en el ámbito eclesial, en el ámbito de la vida religiosa.

Necesitamos guías, líderes. Pero la cuestión es ¿qué tipo de líderes? ¿Por qué el liderazgo? Quisiera exponer seguidamente el cambio de perspectiva que una visión teológica del liderazgo nos está pidiendo, describir el perfil del líder, y ver cómo se ejerce el liderazgo en clave de servicio y autoridad.

I. La “otra perspectiva” del liderazgo

1. ¿Por qué el lenguaje del “Liderazgo”?

No ha sido frecuente entre nosotros referirse a la autoridad en la Iglesia y en la vida consagrada con el término “liderazgo”. Este parece ser más bien un término laico, poco apropiado para ello. La tradición nos ha transmitido un lenguaje diferente: autoridad, potestad divina, jerarquía sagrada, superiores, súbditos... La sociedad está cambiando. Ella prefiere el lenguaje del “liderazgo”, que aplica a diversos ámbitos de la vida: político, económico, empresarial, académico-universitario, y también religioso ¹. Se habla y escribe mucho sobre el liderazgo femenino; resulta que es en la vida consagrada donde el grupo mayoritario femenino se autogobierna y autolidera, lo cual tiene mucha importancia como experiencia de liderazgo para toda la Iglesia ².

La vida consagrada es, dentro de la sociedad y de la Iglesia, un ámbito de sabiduría donde se unen sin demasiados conflictos tradición e innovación. Por eso, estamos empleando cada vez más la terminología del liderazgo y dejando obsoleta aquella de “superiores y súbditos”. Es verdad, que en determinados niveles, como el doméstico, hablar de “líderes” parece excesivo. Sin embargo, mostramos nuestro acuerdo con este lenguaje cuando nos referimos al conjunto del Instituto religioso y su estructura de liderazgo. Con este cambio de lenguaje se detecta que algo importante está cambiando también en la concepción de la autoridad y la obediencia en la vida consagrada. ¿De qué se trata? ¿No habrá debajo de este lenguaje otra forma nueva de autoritarismo? Por eso, el objetivo de este artículo es conectar el nuevo lenguaje con nuestra tradición más rica: deseo presentar la “teología del liderazgo” y sus consecuencias teórico-prácticas dentro de la vida religiosa.

El énfasis en el liderazgo es hoy muy fuerte en nuestras sociedades; a veces exagerado por parte de los “gurus” que tanto escriben y predicán sobre él. Las expectativas respecto al líder son a veces tan altas, que su figura se convierte en idolátrica. Se parte del supuesto que la función propia de los líderes consiste en ser los “managers” de las instituciones. Se les atribuye el éxito o el fracaso de ellas.

La teoría del líder-manager defiende tres cosas: 1) que los seres humanos podemos controlar y colonizar el futuro de forma efectiva siempre que contemos con las técnicas adecuadas ³; 2) que los individuos deberíamos estar sometidos a los objetivos de la organización y a nuestros superiores; 3) que las relaciones son fundamentalmente jerárquicas y requieren la propuesta de directrices claras de las que se puede dar razón desde arriba y de las que se corresponsabilizan desde abajo ⁴. Esto puede llevar a una especie de idolatría del liderazgo.

Nosotros los cristianos nos mostramos críticos ante esta visión. Es cierto que en la iglesia, en la vida religiosa, tenemos necesidad del liderazgo. La cuestión es cómo entenderlo. El problema está en entender el liderazgo al margen de la teología. Necesitamos una reflexión teológica sobre el liderazgo y lo que ello comporta. Estamos en un momento propicio, porque se está dando una revolución copernicana en nuestra concepción de la “misión” y, en consecuencia, en nuestra comprensión del servicio de la autoridad y del liderazgo dentro de ella.

2. Desde la misión eclesio-céntrica a la misión teo-céntrica (“missio Spiritus”)

Estamos centrando cada vez más nuestra comprensión de la misión. La misión es – ante todo – un atributo de Dios y no tanto una actividad de la Iglesia ⁵. Algunos consideran que esta concepción de la misión es como una revolución copernicana. Pues nos hace pasar de una concepción eclesiocéntrica a otra teo-céntrica o trinitario-céntrica de la misión. Quien gestiona la misión no es principalmente la Iglesia, sino el Espíritu Santo, y la Iglesia es su aliada.

Dios se ha revelado a sí mismo como un “Dios misionero”, una “Trinidad misionera”. La misión nace de las entrañas de Dios Padre que envió a su Hijo al mundo. La carta a los Hebreos denomina explícitamente a Jesús el “Apóstolos” (Heb 3, 1), es decir, el Enviado. El cuarto evangelio presenta también a Jesús como Aquel que ha sido enviado por el Padre al mundo para convertirse en camino, verdad y vida de la humanidad. Toda la vida de Jesús fue una respuesta a su vocación misionera (Jn 4, 34). En un determinado momento Jesús relativiza su misión y dice a sus discípulos: “Yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy os lo enviaré” (Jn16, 7). En la cruz, Jesús culminó su misión exclamando: “Consummatum est” (Jn 19, 28.30). Fue entonces cuando “exhaló el Espíritu” (Jn 19, 30) y éste se derramó sobre los discípulos, sobre el mundo, sobre toda carne (Hech 2, 17).

La misión del Espíritu está íntimamente conectada con la misión histórica de Jesús: el Espíritu no la anula, ni la re-emplaza; el Espíritu en su misión evoca siempre a Jesús, lo recuerda, lo hace presente. El Espíritu del cosmos, de la naturaleza, de la humanidad - a quien confiesan todas las religiones - es, sobre

todo, el Espíritu de Jesús. Por eso, quienes no conocen a Jesús no conocen el misterio del Espíritu (Jn 14,16-17). Pero el Espíritu lo enseñará todo, lo recordará todo (Jn 14,26), dará testimonio de Jesús y los discípulos se unirán coralmente a ese testimonio (Jn 15,26-27). La sabiduría del Espíritu sabe cómo introducir en nuestras sociedades las enseñanzas y hechos de Jesús, cómo atraer a todos hacia el Señor Crucificado. Pero el Espíritu Santo es tan de Jesús, que en unión con la Iglesia, la Esposa, añora constantemente su venida: “El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven! Y el que oiga que diga. ¡Ven!” (Apc 22, 17).

A través de la Iglesia como cuerpo de Jesucristo, el Espíritu lleva adelante la misión que el Padre Dios y Jesús resucitado le confiaron. Para llevarlo a cabo el Espíritu incorpora a cada persona y a cada comunidad al Cuerpo de Cristo y les concede especiales carismas, como energías con las cuales participen en su misión. De la misión del Espíritu nace la Iglesia: la misión es la madre de la Iglesia. No le ha sido confiada la misión a la Iglesia, sino la Iglesia a la Misión del Espíritu.

3. Desde el liderazgo jerárquico hacia el liderazgo participativo (la perichóresis)

De este planteamiento teológico se deduce que no es el líder eclesiástico el que inventa, programa, dirige, evalúa y realiza la misión, sino la Misión del Espíritu la que se sirve de personas que muestran visiblemente el liderazgo del Espíritu. Y el Espíritu tampoco es autónomo: Él es la expresión de la “Missio Dei”, de la voluntad del Abbá y continuador de la misión de Jesús. Entre las tres personas de la Trinidad existe un flujo y reflujo, una intercomunicación muy íntima que las constituye personas diversas y al mismo tiempo genera entre ellas la máxima comunión. La tradición teológica denominó “perichóresis” esta relación.

La doctrina de la *perichoresis* puede ayudarnos a desarrollar la teología del liderazgo misionero-religioso. El liderazgo religioso brota del Dios Tri-uno. Una persona no es líder – en este sentido – por sus cualidades naturales o por su carisma, ni por haber recibido una adecuada educación o preparación para el cargo, o porque tiene autoridad y poder para dirigir un grupo. Dios es la fuente del liderazgo cristiano. No lideramos por Dios, ni en nombre de Dios, sino participando en el liderazgo de Dios. Graham Buxton escribió muy acertadamente: “Tener una visión del ministerio es tener una visión de Dios en su ministerio”⁶. No es el ministerio misionero el que dirige las Iglesias, sino que es Cristo quien dirige a su Iglesia según la voluntad del Padre y en y desde el poder del Espíritu. La doctrina de la *perichóresis* es esencial para comprenderlo adecuadamente.

La palabra “perichóresis” tiene un rica historia teológica. Ha sido un término flexible. Aplicado en la cristología fue referido a la reciprocidad de acción entre la naturaleza divina y humana de Jesús: no hay fusión, ni confusión,

entre las dos naturalezas – divina y humana – de Jesús, pero sí inter-penetración, inherencia (Máximo el Confesor). Aplicado a las personas de la Trinidad significa que, al mismo tiempo que se preserva la identidad y distinción de cada una de las tres personas divinas, las tres mantienen una relación permanente mutua (San Atanasio), de modo que establecen entre ellas una “interioridad recíproca” (Miroslav Volf ⁷), una “interpenetración mutua”, una “co-inherencia” (Karl Barth, Gerald O’Collins ⁸), sin cesar de ser distintas.

Nosotros, discípulos y discípulas de Jesús, hemos sido invitados a participar en esta “perichóresis trinitaria”. Jesús nos lo reveló en su oración sacerdotal de la última Cena, según el cuarto evangelio (Jn 17): “Para que ellos sean uno, Padre, como tú estás en mí y yo en ti. Que *ellos sean uno en nosotros*, de modo que el mundo crea que Tú me has enviado” (Jn 17, 21) ⁹. Hemos sido invitados a participar en esa danza ontológica e íntima del Dios Tri-uno. En los tiempos antiguos se ponía en conexión la perichóresis con la danza. La danza divina deja siempre espacio para que otros participemos en ella. Nosotros hemos sido invitados a participar en este dar y recibir: en el culto y en la misión.

4. Desde el líder carismático al líder servidor del Espíritu

La invitación a participar en la “missio Dei” y en la “perichoresis” trinitaria tiene profundas implicaciones para una teología del liderazgo cristiano:

Una persona es líder de un grupo o una comunidad o una congregación no tanto por sus capacidades o por sus destrezas en la dirección técnica, cuanto por un movimiento de gracia que brota de la Trinidad Santa y la envuelve y activa. La persona líder extiende en su comunidad el liderazgo divino a través del salir de sí misma (éxtasis) y entrar en relación (mutualidad, reciprocidad). Ese liderazgo divino es, sobre todo, servicio humilde, kenosis amorosa en la relación con el otro, el diverso.

Esta es la “autoridad” que se recibe de Dios (Jn 19,11): un movimiento de mutua donación y entrega entre el Padre, el Hijo y el Espíritu; la autoridad que procede de Dios no se impone, atrae al otro y gana su confianza a través del humilde servicio. Es un don, una gracia, ser escogido para participar en el liderazgo invisible del Espíritu de Jesús sobre el mundo redimido, sobre la Iglesia, sobre la vida consagrada y sus comunidades. ¡Esta fundamentación teológica del liderazgo espiritual no se confunde con la teoría del “management”! Ser líder no es ser un manager, sino una persona que intenta visibilizar el liderazgo del Espíritu de Jesús por medio de su humilde servicio.

Desde esta perspectiva la cuestión no es si hay personas que tienen el carisma de liderazgo, sino más bien si hay personas dispuestas a participar y contribuir al flujo de gracia de Dios que se derrama sobre el mundo, sobre una comunidad o grupo. San Pablo no nos ofreció – como lo haría el siglo pasado el

filósofo sociólogo Max Weber – una noción técnica de “carisma”¹⁰. En la misma teología tradicional se definieron los carismas como gracia “gratis data”, que por sí misma no santifica a quien le ha sido concedida, en contraposición a la gracia “gratum faciens”. Esa dualidad y contraposición no está en la mente de san Pablo ¹¹. Cuando él habla sobre los dones (charis-mata), los piensa siempre desde la perspectiva de la Gracia (charis). Los ministerios son – para él – modos concretos en los cuales Dios actúa su gracia entre la gente. Cualquier habilidad, oficio, función, circunstancia, relación o experiencia en la vida del creyente puede ser llamada “carisma” – don espiritual – cuando es contemplada desde la perspectiva de la gracia de Dios hacia nosotros y que juega una función en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia. *El énfasis se pone en Dios y en su gracia y no en las personas y sus dones*. El énfasis se pone en la perichóresis y la función participativa el ministerio.

Por eso, un líder cristiano no establece relaciones jerárquicas de superior a inferior: todos somos llamados a participar en el despliegue de la Gracia que fluye desde el seno de Dios Abbá a través de la mediación de Jesús y la acción del Espíritu. El modo de ejercer el liderazgo de Jesús y de su Espíritu (la “discreción de Dios”) es el estilo que no sólo la Iglesia, sino también cualquier tipo de liderazgo político, económico, académico, religioso, ha de explicitar. No se es líder para dominar, sino para hacer que la Gracia fluya por doquier y todo lo revitalice. Personas sin aparente carisma de liderazgo (tal como es secularmente entendido) pueden ser líderes en el Espíritu en cuanto que dejan a Dios ser Dios y se convierten en “mecenás” de todo aquello que exprese y active el liderazgo del mismo Dios, contando con todos. No se trata de imponer la propia visión, sino de compartir con todos y desde la diversidad y comunión de las personas, encontrar una nueva visión para realizar la misión que el Espíritu quiere en este momento. Nunca el liderazgo ha de pesar sobre una única persona. Si se fundamenta en el Dios Tri-uno, ha de ser un liderazgo compartido. Simón Pedro sólo puede ser líder de la comunidad de Jesús cuando le expresa su amor con una alianza irrevocable; lo mismo Pablo y Juan: dirigen sus comunidades en intimidad profunda con el Dios Tri-uno (Ef 1, Jn 17).

5. Tres imágenes de un liderazgo participativo

Propio del liderazgo – así entendido – es armonizar la diversidad con la unidad. Esa es la intención más profunda del Espíritu de Dios y de Jesús: generar diversidad – hasta límites insospechados –, expresarse en ella y ensanchar los corazones para armonizarla en un gran proyecto común, en el que nadie quede marginado.

El liderazgo ha sido comparado con la imagen agraria del pastoreo: el rey de Israel era considerado el “pastor de su pueblo”. De él se esperaba lo cuidara, lo guiara, no le faltara lo necesario, lo alimentara, lo protegiera. El salmo 22 es

la expresión más bella del pastoreo de Dios sobre su pueblo. Jesús desarrolló más todavía esta imagen desde la perspectiva de la perichóresis: conoce a cada uno por su nombre, se desvive por quienes le han sido confiados, nadie se perderá y si se pierde lo buscará y lo encontrará y después hará una fiesta. El pastoreo manifiesta el profundo interés personal de Dios por su pueblo.

Otra imagen del liderazgo es “el sanador herido”, que tan bellamente nos presentó Henri Nouwen ¹². Es la com-pasión del líder como terapia y sanación. El líder no se desinteresa de los sufrimientos de su comunidad y de las personas que la forman. Siente como propias las heridas de los demás, sufre con sus penas, se identifica tanto con el sufrimiento que pierde la objetividad, el status de superioridad. El líder – según la imagen del sanador herido – es aquel que hace realidad la bienaventuranza de Jesús: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados”: el líder evangélico consuela – como una visibilización de la actividad consoladora de Dios –, comprende, no condena. Así los que sufren sienten la cercanía del mismo Dios. Este tipo de liderazgo requiere un agudo sentido de compasión, empatía, porque entiende también el sufrimiento de Dios. ¿No se dice de Jesús que “sus heridas nos han curado”(Is 53, 5)?

Otra imagen del liderazgo es la del “sabio loco” o la del shaman. Quien participa del liderazgo de Dios no puede ser una persona racionalista, calculadora, realista, repetidora del pasado y sus tradiciones obsoletas. El sabio loco participa en el deseo de Dios de conducirnos hacia la nueva Jerusalén, el nuevo cielo, la nueva tierra. Por eso, quien participa de esta sensibilidad no ata a los demás a un pasado que pasó y no defiende aquello que mata el futuro. Cree en la magia de lo sensible y no convierte el mundo natural en mercado ¹³. Se interesa por las visiones alternativas, está alerta ante los signos del Espíritu, por más extraños que parezcan. No hace muchos años el abad general de la Orden Cisterciense de la estricta observancia invitaba a un Capítulo General con esas palabras: “Menos cordura y más locura”. Esta imagen interpreta muy bien el carácter escatológico y apocalíptico del servicio del liderazgo, que peregrina en la línea del Espíritu. El liderazgo es un movimiento intencional que tiene que ver con el futuro. Conduce a lo que ha de ser. Así presenta la carta a los Hebreos a Jesús: como el “archegós” de la salvación y de la fe (Heb 2,10; 12,2), es decir, el líder pionero que nos lleva a la tierra prometida, hacia un futuro que todavía desconocemos.

II. El perfil del Líder

Hablemos ahora del perfil del liderazgo, adecuado para nuestros grupos que intentan ser siempre dóciles al proyecto de Dios, a la acción del Espíritu en el mundo.

1. El perfil simbólico

La figura del Líder en la vida consagrada y en sus diferentes niveles es tan importante por su carácter simbólico como por sus competencias reales de gobierno. El símbolo reúne, inspira, anima... Recordemos a Jesús. Él solía mostrarse con el perfil simbólico del “Hijo del hombre”. Esa imagen, procedente del profeta apocalíptico Daniel, permitía descubrir la trascendencia de su Persona y no quedarse en la mera apariencia. Daba la impresión, a veces, de estar hablando de alguien diferente. Así ocurre, cuando se utiliza el lenguaje simbólico: cuando uno se refiere al “padre-madre General” como un personaje en el que se concentran significados decisivos para el Instituto.

Para un grupo, para una congregación es muy importante esta personalidad simbólica, sucesora simbólica del liderazgo del Fundador. Pero, más todavía, está tan identificada con la “*missio Spiritus*” que en ella se aprecia su lealtad al Espíritu y capacidad para rechazar la influencia de los “malos espíritus”. Estos tienen nombres bien conocidos: los siete pecados capitales. ¡Qué diferente es liderar un grupo movido por la ambición, la avaricia, la ira, la soberbia, la pereza... a liderarlo con el Espíritu del Señor Jesús!

Tenemos una ritualidad sobria para reconocer la re-presentación de la “*missio Spiritus*” en nuestros líderes: oramos en público por ellos o ellas, ritualizamos a veces nuestra adhesión a lo que ellos o ellas simbolizan. El respeto hacia quien a todos nos representa es respeto a la totalidad. Los grupos pueden exigirlo, pedirlo. La minusvaloración de la figura del Superior-Superiora General o Provincial o Local va más allá de lo estrictamente personal, se transmuta en desprecio hacia el grupo representado y el carisma colectivo.

La elección de nuestros superiores o superioras tiene que ver con la elección de un símbolo vital, personal por un tiempo determinado. El Superior General y su Gobierno no solo están revestidos de simbolismo, sino que han de dar a su actuación un talante simbólico; no han de minusvalorar los gestos simbólicos o incluso instaurar una simbólica nueva coherente con los tiempos nuevos.

No soy yo el más adaptado para decir cuáles deberían ser esos símbolos, pero por ejemplo, la elección de lugares simbólicos para ciertas Asambleas, escoger aquellos gestos que pueden ser más significativos para la totalidad e internacionalidad del Instituto, elegir imágenes, símbolos, signos en los que se encarne el carisma para el tiempo presente.

Abundar en el tema de la figura simbólica del Superior General es importantísimo: los gestos simbólicos de nuestros líderes, su forma simbólica de aparecer, de expresarse, la utilización de símbolos en su forma de gobierno... La eficacia simbólica es mucho mayor que la eficacia meramente instrumental. Pero ¡cuánto se devalúa su capacidad simbólica cuando se descubre que son partidistas,

interesados, aprovechados!

2. El perfil antropológico

Nuestros líderes deben ser capaces de realizar, llevar a cabo, conducir el proyecto de vida y misión que el Instituto ha discernido – en Capítulo General, o Provincial o en Asamblea comunitaria – como moción del Espíritu, como participación en la gran “Missio Dei”. Hay que decir que el Espíritu cuando nos llama a colaborar con Él, no nos pide obediencia pasiva, sino que pongamos todo lo que somos al servicio de su proyecto. De ahí que podamos y debamos hablar del perfil antropológico del liderazgo.

Hoy se requiere un tipo de liderazgo que sea *transformador e innovador*. Las características de un líder en este sentido pueden ser las siguientes: que sea una persona:

- * *de visión*: para alentar los cambios necesarios, una organización ha de tener visión: la visión es como una perspectiva seductora que atrae a todos hacia la acción, o como un futuro creíble que concita a todos para hacerlo realidad;
- * *agente de cambio*: alguien que pueda intervenir en los esfuerzos para resolver las dificultades; los problemas deben ser resueltos y no dejados intactos;
- * *de equipo*: el liderazgo no es tarea individual, sino de grupo; el gobierno es hoy tan complejo que solo en equipo y en red de equipos puede responder al querer de Dios para nuestro tiempo;
- * *abierta a nuevos aprendizajes*: una persona que se procura el espacio vital necesario para su formación permanente dentro de un mundo tan en cambio, especialmente en el ámbito tecnológico, misionero; y no se deja llevar sin más por el activismo de gobierno y el deseo de una omnipresencia meramente exterior;
- * *creíble por su honestidad*: incluye tener las cualidades morales que suscitan respeto y confianza. La honestidad es una de las características que más se valoran en un líder. La honestidad se demuestra en la coherencia entre palabras y acciones o hechos. El investigador austríaco Hans Selye (1993) comentaba que “los líderes son líderes solamente cuando tienen respeto y lealtad a sus seguidores”.

A esto se le añaden algunas otras cualidades como la capacidad de arriesgarse, la decisión en momentos especialmente difíciles; ser una persona que conoce bien a las personas y las misiones y tareas; los auténticos líderes, además, conocen sus limitaciones y su fuerza y su debilidad y actúan en conformidad con ese conocimiento. Las destrezas del liderazgo pueden ser aprendidas, pero solo una persona con instinto de liderazgo conoce cuándo y cómo aplicar esas destrezas.

III. El liderazgo como autoridad y servicio

Es un lugar común afirmar que nuestros Superiores o Líderes han sido elegidos “para servir”. Se habla frecuentemente del “servicio de la autoridad”. Jesús mismo dijo: “Yo no he venido para ser servido, sino para servir”. Lo que no se explicita y concretiza es ¿qué significa servir? Hablamos también de autoridad: ¿qué significa autoridad? ¡Recordémoslo!

1. Liderazgo de servicio

Lo más espontáneo en nosotros no es servir, sino ser servidos. No tendemos innatamente a servir. Servimos porque alguien nos lo reclama u ordena, o, tal vez, porque nuestra conciencia nos lo pide. Cuando servimos surge en nosotros un doble sentimiento: la dulzura del servicio y a la vez el agrio resentimiento, o una cierta hostilidad reprimida. La conciencia de nuestra dignidad humana nos aleja de asumir actitudes de servicio ante otra persona igual a nosotros, cuando no se da reciprocidad, cuando se nos reduce a la condición única de servidores. Con las palabra “servicio” están emparentadas otras palabras como siervo, servil, sirviente, servidumbre, servilismo. Todas ellas derivan de la palabra latina “servus”. En nuestra cultura el servicio no confiere poder. Solo tienen poder quienes ordenan los servicios o el sistema que los requiere ¹⁴.

Los políticos nos prometen “buenos servicios”, “servicios de calidad”. En las sociedades más desarrolladas se va logrando una mejora de los servicios: mayor rapidez en los transportes, en los controles, en las gestiones económicas, en la seguridad ciudadana, en los medios de comunicación, en la alimentación, en los electrodomésticos etc. Estas mejoras de servicios van unidas a los avances de la tecnología y a la implantación de un instrumental de “nueva generación”. Sin embargo, este tipo de servicios es impersonal.

Hay otro tipo de servicios de calidad que son *personales*: coches con chófer, atención personalizada, atención al cliente etc. El servicio personalizado antepone la persona al servicio. Una persona sirve a otra: “yo estoy a tu servicio, tú estás a mi servicio”. En la relación amo/esclavo el servicio, incluso personalizado, no es servicio de alianza, de reciprocidad. Solo quien actúa por caridad puede brindar un servicio personalizado, sin que le afecte la hostilidad reprimida que el servicio causa. Hay servicios personalizados que no tienen en cuenta la persona, sino la remuneración que por ello se obtiene. El servicio se identifica con el empleo. El trabajo se convierte en una actividad ritual que no está en función de alguien, sino en función de algo.

Cuando hablamos de la mejora de servicios nos deberíamos referir no sólo a los servicios impersonales, sino también y sobre todo a la mejora de los servicios personales. Lo que de verdad humaniza es el mejoramiento del servicio personal, no como empleo, sino como vocación gratuita.

El servicio, auténticamente humano, tiene una dimensión *estética*. El servicio de calidad provoca expresiones de elogio tales como: ¡soberbio, elegante, hermoso, divino, maravilloso, magnífico! El buen servicio complace tanto al dador del servicio como al receptor, pues la belleza afecta positivamente tanto a la persona que sirve – dignifica su servicio –, como a quien lo recibe – la dignifica también como persona – (como la mujer anónima del Evangelio cuando derrama sobre Jesús el costosísimo perfume: Mc 14, 3-9). La calidad de un servicio tiene, por lo tanto, mucho que ver con la belleza. La excelencia de un servicio mejora la calidad de vida y la embellece.

En una visión global del mundo se percibe que todo está correlacionado y, por consiguiente, en relación de mutuo servicio. Nada ni nadie está aislado y, por consiguiente, la relación de servicio vivifica este mundo. Cuando alguien sólo quiere ser servido, bloquea los dinamismos de la vida y genera ámbitos de muerte. El servicio no solo se produce en las relaciones interhumanas o interpersonales; también en las relaciones con el mundo animal, con el mundo vegetal, con toda la naturaleza. El servicio es ecológico. La interdependencia con la biocenosis, con el biotopo, con los ecosistemas nos hace responsables de la vida del planeta y de todos nosotros dentro del planeta. Como integrantes del sistema ecológico somos tanto proveedores como receptores, servidores como servidos. Podríamos definir como “buen servicio” lo que “es bueno para el alma del mundo”. Cuando una conducta, una actuación hace sufrir al mundo, hemos de preguntarnos, ¿cuánto le cuesta? ¿qué estamos hipotecando para el futuro?

Esta forma de entender el servicio exige una entrega, una atención continuada hacia el Otro. A veces ese servicio será *terapéutico*. La palabra griega *terapia* se traduce como atención y servicio. Terapeuta era alguien que atendía, era el sirviente y, por tanto, era capaz de curar. El servicio nos lleva a ser terapeutas de la realidad, de los hermanos y hermanas. El servicio es una respuesta ecológica adecuada, es obediencia al todo. El todo obedecido me convierte a mí mismo en destinatario de su bienestar. El buen servicio mejora el valor y la belleza.

2. Liderazgo con autoridad

Sabemos que la palabra *autoridad* deriva del término latino “auctoritas” que a su vez deriva del verbo latino “augere”, que significa “crecer”. La autoridad tiene que ver con el crecimiento, con la capacidad de hacer crecer.

a) El crecimiento y su ambivalencia

Crece aquello que aumenta de tamaño, que se expande o agranda. Crece lo que evoluciona en forma y función, lo que progresa, lo que va pasando de una etapa a otra hasta madurar. Una señal de crecimiento es la autogeneración que permite volverse autónomo, independiente. Desde esta significación etimológica

y primaria “el servicio de la autoridad” se entendería como un servicio que hace crecer, aumentar, evolucionar, progresar, llegar a la independencia.

La palabra “crecimiento” ha sido una de las palabras mágicas del mundo económico, del mundo político. Nos encanta escuchar de nuestros políticos y economistas que “nuestra nación crece”. También nos halaga mucho saber que nuestros institutos, el número de personas, las iniciativas apostólicas, sus instituciones, su economía están “creciendo”.

Sin embargo, olvidamos que esta palabra mágica “crecimiento” no es inocente, no expresa únicamente algo positivo. El crecimiento no es siempre ventajoso. Madurar es también marchitarse y morir. Hacerse independiente es también aislarse. Hay un crecimiento que aboca a la obesidad. Jean Baudrillard habló de la “obesidad de los sistemas”, que se refleja en la obesidad de la información, en la obesidad de la comunicación, de los controles, del consumismo.... La obesidad deforma la realidad, la vuelve fofa, la extiende mientras pierde consistencia. La obesidad es una repetición no significativa, casi cancerígena, de lo mismo ¹⁵. Crecen los informes, crecen los datos, crecen los catálogos, crecen los productos, pero la pregunta posterior es: ¿para qué?

Con todo, el crecimiento continúa cargado de sentidos positivos: fertilidad, esperanza, buena salud, progreso, optimismo, fuerza. Por eso se dice: “o crecer o morir”. Con todo, hoy se habla de un crecimiento “sostenible”. En principio, podemos decir que el crecimiento – ingenuamente entendido – no es la solución terapéutica para los males del mundo ¹⁶.

b) Liderazgo que hace crecer, pero ¿en qué sentido?

Tal como se entienda el crecimiento se entenderá entonces la autoridad que hace crecer. Una autoridad que tiene como objetivo un crecimiento de tipo cuantitativo, multiplica las leyes, las normas, las programaciones, los informes, las reuniones, las fundaciones, las innovaciones. Promueve y ayuda a los hermanos para que sea buenos trabajadores, para que estén satisfechos con lo que hacen; ve bien que – sin excesivo peligro de su salud – trabajen, se muevan para obtener buenos resultados. Ese modelo de autoridad se ha identificado frecuentemente con la autoridad del “manager”. De este modo se construye un instituto obeso, agigantado, pero sin consistencia: un gigante con pies de barro, una obesidad cada vez más inútil y tal vez cancerígena.

El crecimiento puede entenderse desde otras claves. Nos hemos de preguntar qué es lo que hoy nos hace avanzar, crecer, progresar, de modo auténtico y fructífero ¹⁷.

Cuando el crecimiento significa madurez mayor y afecta positivamente al todo es cuando hace aparecer la auténtica autoridad.

La autoridad del liderazgo que hace crecer debe hoy expresarse en los

siguientes términos: profundidad, intensidad, desprendimiento y vaciamiento, simplificación y memoria.

El liderazgo de la profundidad: este tipo de liderazgo intenta el crecimiento que nace de la interioridad, del mundo interior y espiritual que nos constituye. Los servicios personalizados a cada uno de los hermanos del Instituto tienen como objetivo ayudarles a vivir desde la profundidad religiosa, espiritual. Sin vida interior, la acción exterior está vacía, hueca. La característica principal y más rica de la interioridad humana no es su mundo intelectual, sino afectivo, su amor. La “séptima morada” – siguiendo la metáfora de santa Teresa de Jesús para hablar de la última etapa del camino espiritual – no se caracteriza por el conocimiento, sino por el “toda ciencia trascendiendo”, por el amor. Servir la interioridad es ayudar a los hermanos a vivir “en el amor”, a dejarse habitar por Amor. “Si no tengo amor, nada soy” (1 Cor 13). Son “san Pablo vivo hoy” quienes se sienten poseídos por una gran pasión de Amor. El amor convierte nuestra interioridad en “morada”, en “séptima morada”, es decir, la interioridad perfecta en la que viven Dios y los hermanos y el cosmos. En términos místicos de Teresa de Jesús podemos decir que el servicio de la autoridad en esta dimensión ayuda a los hermanos a recorrer el camino de las moradas hasta hacer de su interioridad una auténtica morada.

El liderazgo de la densificación: el crecimiento auténtico tiene que ver con la intensificación – como presupuesto – y la densificación – como resultado –. Es curioso, en este sentido, recordar que la lengua alemana llama al poeta *Dichter*, y a la poesía *Gedicht*. El término verbal alemán “*dichten*” significa densificar. Un poema, una poesía, es el resultado artístico de una bella densificación. En pocas palabras se dice mucho. El enamoramiento ¿qué es sino una intensificación o densificación del amor que nos habita? En un fragmento se descubre el todo. La poesía nos hace disfrutar de lo minúsculo, de la miniatura. Al imperio de lo extenso se contraponen la fuerza de lo intenso. Los procesos más vitales tienen mucho que ver con procesos de concentración, de intensificación, de densidad cualitativa. Una autoridad de la densificación deja de lado lo inmediatista, el eficazismo, la mera extensividad y cultiva la miniatura, lo pequeño, aquello que de verdad produce vida y no extensión estéril. La intensificación no se logra a base de gestos espectaculares, ni a base de precipitación y velocidad. La intensificación es el resultado de la lentitud, el ritmo apaciguado, sereno, perseverante¹⁸.

El liderazgo de la repetición: existe un modelo de repetición que es neurótica, cancerígena. Pero hay otro tipo de iteración, de repetición, que es vital, absolutamente necesaria. La contemplación nace de la reiteración, la belleza necesita ser contemplada reiteradamente, el amor se mantiene vivo a base del lenguaje amoroso reiterativo. Un ser humano que todo lo crea constantemente, que siempre busca modas, novedades, que introduce

constantemente en su vida innovaciones, que prescinde de la ritualidad, costumbres, hábitos, es un ser humano desconcertado, sin centro. Una autoridad al servicio de la permanente innovación, que se deja llevar por las modas del momento, que no permite que nada cuaje, no sirve, más bien diluye y destruye. Es, con todo, evidente, que la repetición de un vicio se torna cancerígena. Por eso, las malas tradiciones traen muerte. La repetición de una oración simplemente realizada porque está prescrita, pero sin vida, de nada sirve. El cumplimiento de normas tradicionales, pero ya viciadas y obsoletas, solo trae muerte. Lo que en principio debería ser virtud, se convierte en vicio, que es un hábito de mal.

El liderazgo del desprendimiento y vaciamiento: hay momentos en que para crecer hay que podar, hay que limpiar, hay que morir. Jesús nos lo expresó de varias maneras en su alegoría de la vid. También san Pablo nos decía que llevaba la muerte de Jesús por todas partes: “Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo” (2 Cor 4, 10). Ya hace años habló el teólogo J.B. Metz, refiriéndose a la vida religiosa, del “ars moriendi charismatica”. Con ello indicaba cómo lo carismático no es solo crecer, sino también morir. Más todavía, existe un arte carismático de morir a aquello que no hace viable el carisma en el futuro. El miedo dificulta el cambio. Igual que las personas, las organizaciones acumulan sistemas, equipamiento, procedimientos que protegen del miedo al cambio. La tarea de emprender el cambio es como enfrentar los miedos de una terapia. Hay que aprender a morir, a desprenderse, a vaciarse para crecer. Ese es el arte de una autoridad que hace crecer.

El liderazgo de la simplificación: se habla hoy – ¡y con razón! – de la obesidad de los sistemas. Estamos acumulando tanta, tanta información que los sistemas se nos vuelven obesos, una obesidad tal que nos impide caminar. Estamos tecnificando en exceso la vida evangélica. ¿Para qué tanta información, tantos informes? Si al final, la historia que se escribe es la historia oficial, pero no la real. La memoria histórica es, no pocas veces, una memoria parcial e injusta... Se hace necesario de alguna manera llegar a la simplificación. Es importante agilizar la vida y descubrir lo esencial. ¡Menos maratones de trabajo y más sabiduría y apertura a la revelación que hoy acontece y nos dinamiza!

El liderazgo de la memoria: por eso, habría que pasar de “las memorias” a la “memoria”. Es importante realizar la gran síntesis de la “memoria” de estos últimos tiempos. Hacer memoria no es hacer un examen de nuestros trabajos y esfuerzos, sino hacer memoria de la acción de Dios en nuestro Instituto y de nuestra respuesta y colaboración en su proyecto. Hacer memoria es también purificar la memoria. Sabemos hasta dónde ha podido llegar la presencia del Mal en la Congregación, en las personas. Los escándalos que poco a poco van saliendo a la luz de la opinión pública nos descubren que no es oro todo lo que reluce. Que una comunidad religiosa puede ser también lugar de corrupción, de

infidelidad institucionalizada. Cuando el mal está presente entre nosotros, no hemos de buscar únicamente culpables, sino descubrir en qué medida el sistema colabora en ello.

Conclusión

Tenemos en nuestras manos valiosos instrumentos de ruta. Hemos de seguir adelante y acelerar la regeneración que se nos ofrece. No necesitamos superhombres o supermujeres como líderes, pero sí personas conscientes de su perfil, de su misión y servicio.

Las naves deben de ponerse en marcha, bajo el viento del Espíritu. Hay que aprovechar los momentos propicios.

“Servir” es la palabra mágica de la autoridad en la vida religiosa. “Crecer”, “hacer crecer” es la función prototípica de la autoridad. Ofrecer el servicio del crecimiento es lo mismo que “servicio de autoridad”. La vida religiosa está hoy en un momento en que necesita crecer y está necesitada también de un servicio que le dé vida. No deberíamos equivocarnos. Sin intensidad la extensión está hueca y es estéril. Sin profundidad la actividad misión es puro trabajo, la vida pura existencia o pervivencia.

Sabemos muy bien hacia dónde hemos de dirigirnos. ¡Líderes, poned vuestros grupos en marcha! ¡Cambiad vuestra visión, desatended a vuestras ideas individuales, dejaos transformar por la realidad y no seáis fieles a vosotros mismos, sino al Dios de la Historia! No pactéis con el Maligno. No seáis pastores de vosotros mismos. No aceptéis mafias de favoritismos que imponen su ley contra los excluidos de vuestros grupos. Sed de todos y todos os seguirán. Entonces más que vosotros mismos, os pareceréis al Buen Pastor, el único Líder, que tiene la autoridad del Abbá.

1. Cf. R. K. COPER Y A. SAWAF, *La inteligencia emocional aplicada al liderazgo y a las organizaciones*, Norma, Bogotá. 1998; RONALD A., HEIFETZ, *Liderazgo sin respuestas fáciles*, Paidós, Barcelona. 1997; R. Y. FISHER, A. SHARP, A. *El liderazgo lateral*, Norma, Bogotá. 1999; JAMES MACGREGOR BURNS, *Transforming Leadership: A New Pursuit of Happiness*, Grove, 2003; JOHN P. KOTTER, *Leading*

Change, Harvard Business School, 1996; DANIEL GOLEMAN, ANNIE MCKEE, RICHARD E. BOYATZIS, *Primal Leadership: Realizing the Power of Emotional Intelligence*, Harvard Business School, 2002

2. DEBORAH L. RHODE, *The Difference “Difference” Makes: Women and Leadership*, Stanford 2003); SALLY HELGESEN, *The Female Advantage:*

- Women's Ways of Leadership*, Doubleday 1995; HELEN B. REGAN, GWEN H. BROOKS, *Out of Women's Experience: Creating Relational Leadership*, Corwin 1995; BELLEVILLE, LINDA L. *Women Leaders and the Church: 3 Crucial Questions*. Grand Rapids, Mich.: Baker Books, 2000.
3. Cf. AUBREY MALPHURS, *Being Leaders: the nature of authentic Christian Leadership*, Baker, Gran Rapids, 2003.
 4. Cf. STEPHEN PATTISON, *Management and Pastoral Theology*, en JAMES WOORWARD – STEPHEN PATTISON, "The Blackwell Reader" in *Pastoral and Practical Theology*, Blackwell, Oxford 2000, p. 289.
 5. Karl Barth fue el único que incluyó en su teología sistemática la Misión. En su libro *Credo* (1935) – esbozo de su teología sistemática – presentó la misión en esta perspectiva.
 6. Cf. GRAHAM BUXTON, *Dancing in the Dark: The privilege of participating in the ministry of Christ*, Paternoster, London, 2001, p. 252.
 7. MIROSLAV VOLF, *After our Likeness: The Church as the image of the Trinity*, Eerdmans, Grand Rapids, 1998, p. 209.
 8. Cf. GERALD O'COLLINS, *The tripersonal God: Understanding and interpreting the Trinity*, Paulist Press, New York, 1999, 206.
 9. En 1 Jn 4, 13 se incluye en esta relación al Espíritu.
 10. Se han definido los carismas como "capacidades, habilidades divinas distribuidas por el Espíritu Santo a todo creyente según el designo y la gracia de Dios para el bien común de todo el cuerpo de Cristo": esta noción está siendo contestada por algunos expertos y con razón: cf. SIEGFRIED S. SCHATZMANN, *A pauline theology of charismata*, Hendrickson, Peabody, 1987; KENNETH BEARING, *What are spiritual Gifts? Rethinking the conventional view*, Kregel, Grand Rapids, 2006.
 11. Pablo utiliza *charismata* 17 veces en el NT para una variedad de realidades, desde "don de Dios que es vida eterna" (Rom 6, 23) hasta "tenemos diferentes dones" (Rom 12, 6). Significa "salvación" (Rom 5, 15), "vida eterna" (Rom 6, 23), "estado marital" (1 Cor 7, 7), su visita a Roma (Rom 1, 11: éste es el único lugar en que las palabras griegas son el equivalente a "don espiritual").
 12. Nouwen abre el camino hacia una nueva comprensión del liderazgo: desde la función social al acercamiento personal. Es la imagen de Jesús que llora ante Jerusalén y expresa su misión como una gallina que reúne a sus polluelos y comparte su dolor, su miedo (Lc 13,34). Mucha gente hoy busca la protección de una nueva interioridad, espiritualidad. Este pequeño libro reflexiona sobre el liderazgo: Henri J. M., NOUWEN, *El sanador herido*, PPC Editorial y Distribuidora. Madrid, 2000.
 13. Cf. DAVID ABRAM, *A magia do sensível. Percepção e Linguagem num mundo mais do que humano*, Fundação Calouste Gulbenkian, Lisboa 2007, pp. 1-30; URBAN T. HOLMES, III, *Ministry and Imagination*, Seabury, New York 1981, pp. 219-242.
 14. Cf. LARRY C. SPEARS (ED.), *Insights on Leadership: Service, Stewardship, Spirit, and Servant-Leadership*, Wiley, 1997
 15. Cf. JEAN BAUDRILLARD, *Les stratégies fatales*, Éditions Grasset & Frasnuelles, Paris 1983.
 16. Cf. MARGARET J. WHEATLEY, *Leadership and the New Science: Discovering Order in a Chaotic World Revised*, Berrett-Koehler 2001; LEE G. BOLMAN, TERRENCE E. DEAL, *Reframing Organizations: Artistry, Choice, and Leadership*, Jossey-Bass, 2003.
 17. "Hoy continuar significa descender hacia los errores de nuestra cultura y retroceder en el dolor de nuestros recuerdos. Necesitamos héroes del descenso, no maestros de la negación; ejemplos de madurez que puedan soportar la tristeza, que den amor a los ancianos, que muestren el alma sin ironía ni vergüenza. Mentores y no animadores; mentores y no impulsores. Es mejor que la tristeza esté en sitios elevados, a que la depresión sea un mal endémico en la población y en la economía": JAMES HILLMAN, *Tipos de poder. Guía para pensar por uno mismo*, ed. Granica, Buenos Aires, Barcelona, 2000, p. 55.
 18. Cf. PIERRE SANSOT, *El buen uso de la lentitud*, Tusquets, Barcelona 2001.

TESTIMONIOS

INICIATIVA KINO PARA LA FRONTERA: UNA ACCIÓN PASTORAL BINACIONAL CON LOS MIGRANTES EN LA FRONTERA MÉXICO / ESTADOS UNIDOS

Sean Carroll, sj

Original en inglés

Temprano por la mañana, una larga fila de gente ya está esperando ante un módulo pequeño y modesto cerca de la Garita Mariposa en Nogales, Sonora, México. Los gestos y posturas de algunos de esos hombres, mujeres y niños expresan claramente sus sentimientos: depresión y profunda tristeza, una gran incertidumbre, un miedo palpable. Muchos de ellos acaban de ser deportados a Nogales, Sonora, México, destino de miles de migrantes repatriados a México cada año por los Estados Unidos. Entremezclados en el grupo hay centroamericanos, muchos hondureños que han montado «la bestia», tren que sube desde el sur de México, arriesgando sus vidas para alcanzar la región del desierto de ambos Nogales, fronteriza entre los EE.UU. y México.

Cuando estos hombres, mujeres y niños deprimidos cruzan el umbral del «comedor», los reciben algunos Jesuitas de la Provincia de México y Misioneras de la Eucaristía, una congregación de religiosas con sede en Colima, México. Los conducen a una mesa donde tomarán el desayuno. Están en el CAMDEP, Centro de Ayuda para los Migrantes Deportados en Nogales, Sonora, obra de la *Iniciativa Kino para la Frontera*, una acción pastoral binacional para migrantes ubicada en Nogales (Arizona, EE.UU.) y Nogales (Sonora, México).

En enero del 2009, las Misioneras de la Eucaristía, las Provincias de California y México de la Compañía de Jesús (Servicio Jesuita a Refugiados EE.UU.), la Diócesis de Tucson y la Arquidiócesis de Hermosillo pusieron en marcha este proyecto, que trabaja con un pie a cada lado de la frontera para dar una respuesta integral a la realidad migratoria. Fue el resultado de un diagnóstico de necesidades realizado durante dieciocho meses por la

Provincia Jesuita de California y el SJR EE.UU., estudiando la posibilidad de iniciar un trabajo con migrantes en la frontera entre los Estados de Arizona y Sonora.

A los migrantes entrevistados se les hicieron dos preguntas básicas:

- ¿cuáles son las mayores necesidades que ve y experimenta con respecto a la migración?
- ¿cómo cree que podemos ayudarle?

Subrayaron la necesidad de establecer más servicios para migrantes en Nogales, Sonora, especialmente para las mujeres y niños, tan vulnerables al abuso y la explotación. Asimismo, expresaron un fuerte deseo de formación sobre la migración y la enseñanza de la Iglesia Católica al respecto. También dijeron que cualquier proyecto adoptado tendría que ser binacional, ya que la migración es una realidad que trasciende las fronteras.

A partir de ello se elaboró una propuesta enfocada a la asistencia humanitaria, la educación y la investigación / incidencias legales.

El CAMDEP proporciona ayuda humanitaria a migrantes muy necesitados y angustiados. Se les dan dos comidas diarias, ropa y atención pastoral. La Casa Nazaret, albergue para mujeres y niños, puede acoger hasta ocho mujeres y niños a la vez, es un espacio seguro donde las mujeres pueden comer, dormir, llamar a sus familiares y recibir apoyo pastoral y psicológico. La *Iniciativa KBI* brinda también personal para atender en un módulo de primeros auxilios a los/las migrantes que sufren lesiones, como ampollas grandes en los pies, deshidratación y síntomas de gripe.

Por otra parte, la *KBI* se involucra en actividades educativas acogiendo a delegaciones de visitantes que desean saber más sobre el mundo de la frontera y la migración. Casi siempre, la experiencia más fuerte y transformadora es el diálogo de esos grupos con los propios migrantes, que les cuentan su experiencia. Esto suscita una profunda solidaridad entre ellos y muchos/as visitantes parten con el deseo de comprometerse en el asunto. Además, la *KBI* ofrece a parroquias y otras organizaciones programas educativos que contribuyen a crear conciencia e inspirar acciones.

El área de investigación / incidencias legales de la *KBI* acoge a profesores y estudiantes interesados en realizar investigaciones sobre el tema que contribuirán a enriquecer tanto sus respectivos campos académicos como la acción pastoral de la *KBI*. Entre los temas estudiados figuran por ejemplo «pedagogía mediante el servicio» y «enfermería para migrantes.» En cuanto a los datos recabados en el CAMDEP, la *KBI* los comunica a organizaciones afines de la Ciudad de México y de Washington DC, con la finalidad de

fomentar el intercambio de políticas constructivas.

En 2010, la *Iniciativa Kino para la Frontera* y la *Escuela Católica Lourdes (ECL)*, de las Hijas Mínimas de María Inmaculada, solicitaron y recibieron una subvención de 5.000 USD\$ de la Conferencia Episcopal Estadounidense para montar un club de estudiantes llamado «Kino Teens». Con este apoyo financiero, la *KBI* y la *ECL* organizaron a los/las estudiantes de forma que pudieran prestar servicios directos a los migrantes en el CAMDEP, sirviéndoles las comidas y ayudándolos. También hicieron presentaciones a catequistas y a jóvenes de la diócesis de Tucson, llevando a cabo dos experiencias de inserción en la frontera con la juventud local. Gracias a una subvención de los Jesuitas de la Provincia de California, bautizada «Búsqueda de la Justicia», tres estudiantes organizaron actividades educativas en materia de migración con alumnos/as de las Preparatorias Belarmino y San Ignacio, dos centros jesuitas ubicados al norte de California. Mediante esta pedagogía «de jóvenes a jóvenes», los estudiantes han contribuido a formar los corazones y conciencias de compañeros/as suyos que viven y estudian lejos de la frontera México / Estados Unidos. Con respecto a las incidencias legales, los estudiantes de la *ECL* visitaron las oficinas de un congresista y de un senador de Tucson, Arizona, instando a sus representantes a aprobar y apoyar una reforma migratoria justa y humana respaldada por la Conferencia episcopal estadounidense. Los estudiantes estuvieron verdaderamente a la altura del ideal de su escuela: se comportaron como “hombres y mujeres fuera de lo común”.

La colaboración de estas seis organizaciones ha sido una bendición y un desafío al mismo tiempo. El personal y la Junta Directiva seguirán esforzándose por aprender a trabajar juntos, a respetar y valorar las diferencias de nacionalidad, idioma, género y carismas religiosos. Durante estos tres años de trabajo en ambos Nogales, la *KBI* ha experimentado de primera mano la acción del espíritu de Jesús, que por medio de sus amigos alimenta a miles de personas hambrientas y necesitadas. (Mc 8,1-10) Aunque parezca tarea imposible, cuando trabajan juntos y ofrecen lo que tienen consiguen alimentar a cada uno, todos quedan saciados. Por medio de esta colaboración, confiamos que Jesús cuidará a los/las migrantes que servimos, así como a las personas que educamos y a cuantos se benefician de la investigación / incidencias legales llevadas a cabo. Al realizar nuestro ministerio en la frontera México / Estados Unidos experimentamos como Jesús la unción del Espíritu, que nos impulsa a “llevar buenas noticias a los pobres” y a “dar libertad a los oprimidos.” (Lc 4,18) Con la ayuda de Dios y de muchos/as voluntarios, esperamos que esta palabra se cumplirá en medio de nosotros (Lucas 4,21).



LA VIDA DE LA UISG

En estos meses de primavera han sido tres las conferencias nacionales de religiosos que, con motivo de su visita a los diferentes dicasterios de Roma, han visitado la sede de la UISG:

- * La Conferencia Española, CONFER, representada por su Presidente P. Elías Royón, sj, y la Secretaria General Hna. Julia García Monge, ichdp, el 7 de Marzo,
- * La Conferencia de Religiosos Canadiense, CRC, representada por su presidenta Hna. Mary Finlayson, rscj, y el director general P. Yvon Pomerleau, op, el 26 de Marzo,
- * Y las dos conferencias de religiosos y religiosas de USA, CMSM y LCWR, representadas por la Presidencia de cada una de ellas, el 23 Abril.

En todos los casos se ha tenido un encuentro con miembros de los ejecutivos de UISG y USG que ha hecho posible un fraternal intercambio de temas referentes a la situación de la vida religiosa en cada uno de los países.

La Hna. Mary Lou Wirtz, como Presidenta de la UISG, ha participado del 19 al 25 de Marzo en la XV Asamblea de Superiores Mayores de Europa (UCESM) que ha tenido lugar en Lourdes (Francia) y ante la que ha hecho una presentación de la UISG. Un centenar de miembros de 27 nacionalidades han reflexionado y compartido sobre el tema: *“Religiosos y religiosas en Europa: la vida como vocación”*. Un nuevo ejecutivo ha sido elegido con el P. Giovanni PERAGINE, ccrsp, como Presidente.

Del 21 al 28 de Marzo, los secretarios generales de UISG y USG han participado, como miembros de la delegación vaticana, en la *Pre-Asamblea sobre Misión* organizada por el Consejo Mundial de las Iglesias (WCC) de Ginebra y que ha tenido lugar en Manila (Filipinas). Doscientos participantes de diferentes iglesias cristianas han profundizado sobre el tema a fin de elaborar un documento en preparación de la asamblea ecuménica que se celebrará en 2013 en Corea.

“El Consejo de los 18”, formado por nueve y nueve superiores/as generales de congregaciones misioneras y que es convocado dos veces al año por *Propaganda Fide*, presidida por el Cardenal Prefecto Fernando Filoni, ha iniciado una reflexión sobre la vivencia de *los votos religiosos en África*. El pasado 15 de Mayo la reflexión fue sobre el voto de pobreza y fue

de una gran riqueza al ser presentada tanto desde el punto de la vida religiosa femenina y masculina como desde el propio Dicasterio, que recoge el sentir de los obispos.

“El Consejo de los 16” constituido por los dos ejecutivos de UISG y USG y convocado por la CIVCSVA, presidida por el Cardenal Prefecto Don João Braz de Aviz, en su deseo de reflexionar conjuntamente sobre la Iglesia Comunción, ha tenido el 18 de Mayo un primer encuentro sobre las *Relaciones entre la vida religiosa y los pastores o clérigos* a los que seguirán otros dos sobre relaciones con laicos y movimientos. La dinámica seguida y el clima de apertura han hecho posible un diálogo positivo que busca caminos de encuentro y realizaciones concretas.

La comisión de JPIC ha organizado el 26 de Mayo un seminario dirigido preferentemente a superiores generales y formadores con el objetivo de incluir en la formación el compromiso con la Justicia. *“Jesús profeta del Reino de Dios”* fue la conferencia dada por el teólogo español **José Antonio Pagola** y *“Una formación que genere pasión por Cristo y por el Reino de Dios”* fue presentada por **Rosemary Mangan RMJ**. Ambas conferencias pueden encontrarse en www.vidimusdominum.org (Documentos, Justicia y Paz).

**ASAMBLEA PLENARIA
DE LA UISG
ROMA 3-7 MAYO 2013**

“No ha de ser así entre vosotros” (Mt 20,26).
El servicio de la autoridad según el evangelio